CUADERNOS historia 16

Napoleón Bonaparte (1)

Carmen Llorca



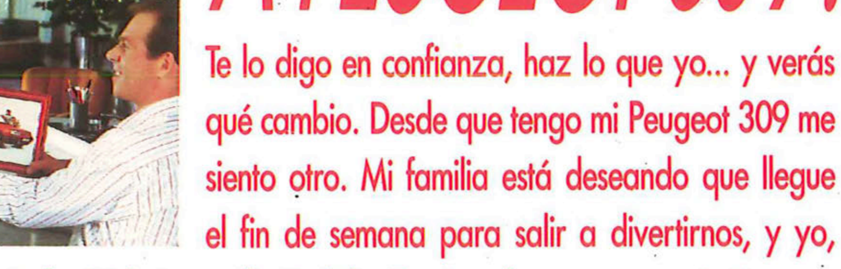
149

175 ptas



Y TU ¿POR QUE NO CAMBIAS A PEUGEOT 309?

Te lo digo en confianza, haz lo que yo... y verás qué cambio. Desde que tengo mi Peugeot 309 me siento otro. Mi familia está deseando que llegue el fin de semana para salir a divertirnos, y yo,



encantado. Disfruto conduciéndolo. Es cómodo y seguro, potente cuando lo preciso y con un equipamiento completísimo: desde cerraduras centralizadas con mando a distancia hasta aire acondicionado. En fin, me conoces de antes, y ya ves qué diferencia: como de la noche al día. Y tú, si quieres, lo tienes igual de fácil. Pero no quiero convencerte, el Peugeot 309 lo hará. Pruébalo, verás qué cambio.

PEUGEOT 309

ES OTRA HISTORIA.

HDM



PEUGEOT. FUERZA DINAMICA

CEPSA Lubricantes recomendados Esso



Napoleón Bonaparte hacia 1805

Indice

NAPOLEON (1)

Por Carmen Llorca
Historiadora.

Napoleón Bonaparte (1)

Carmen Llorca
Historiadora

NAPOLEON Bonaparte nació en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769. Sus padres pertenecían a una familia de la pequeña nobleza corsa, isla que había sido incorporada a Francia por compra efectuada por Luis XV en 1768 a la República de Génova.

Por sus apellidos, carácter, educación y formación, Napoléon Bonaparte era un auténtico italiano y se educó en el espíritu de una rebeldía independentista contra Francia, cuyo más firme representante era el patriota Paoli.

El padre de Napoleón, también amigo de Paoli, obtuvo, sin embargo, una beca para su hijo Napoleón que le permitió ingresar en 1779 —cuando sólo tenía diez años— en la escuela de Autun y pasar después a la escuela militar de Brienne. En 1784 es admitido en la escuela militar de París y en 1785 es oficial del ejército francés. Contaba 16 años de edad.

Napoleón Bonaparte no lo pasó excesivamente bien con sus compañeros de estudios y guardó solamente el recuerdo de una buena amistad, Bourrienne, a quien nombraría su secretario particular, cargo que desempeñó hasta 1802. En 1829 Bourrienne publicó sus *Memorias,* en 10 volúmenes, que constituyen uno de los relatos más importantes para conocer la vida del Emperador.

A pesar de su brillante carrera, de su talento como matemático, de sus conocimientos de historia, fue la Revolución Francesa la que le abrió el camino de su increíble ascensión al poder político.

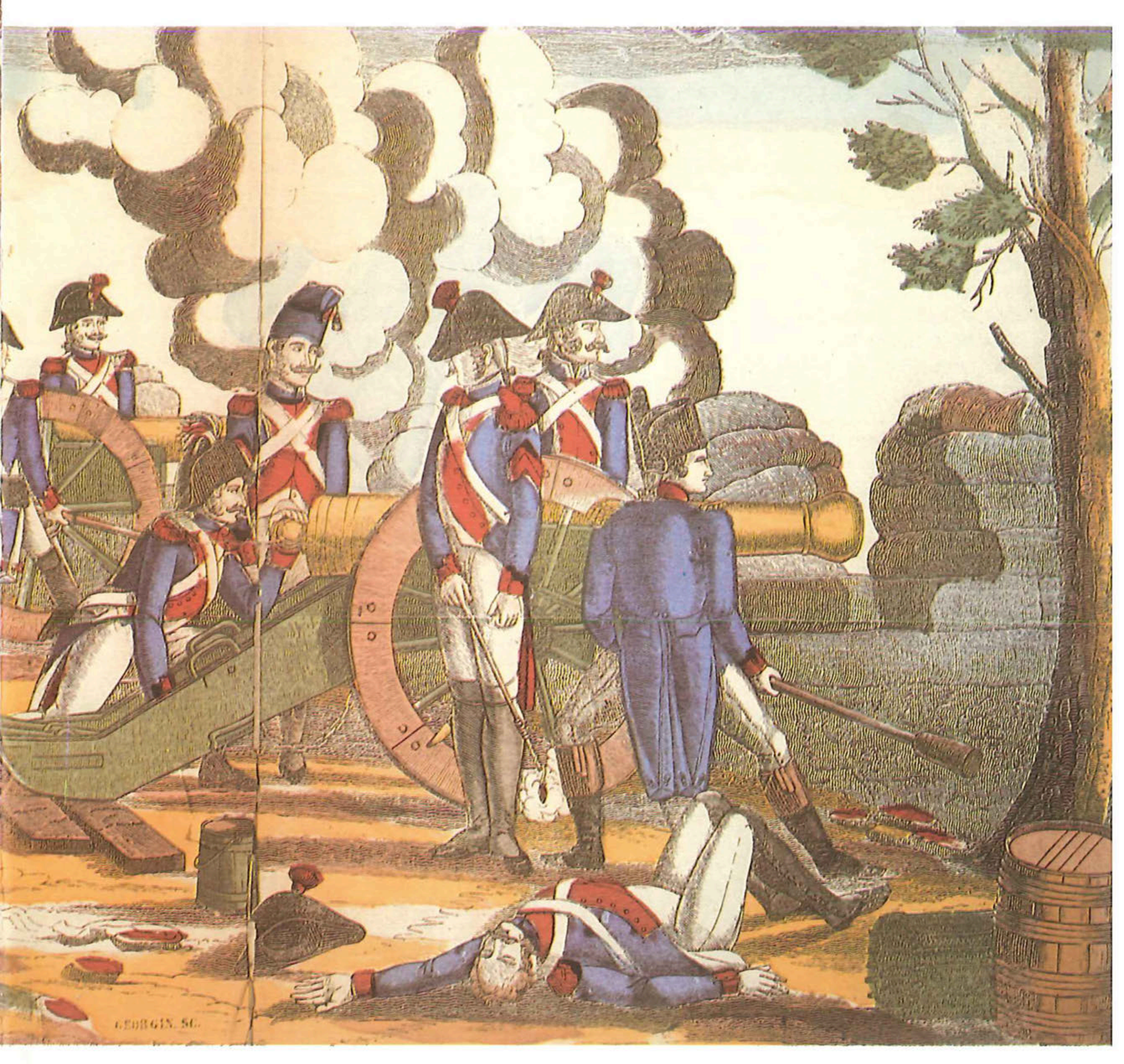
Puede existir una aparente contradicción entre el aprovechamiento que Napoleón hace la Revolución y el desprecio que siente ante las manifestaciones de anarquía revolucionaria. Destinado en Auxonne como teniente, en el regimiento al que pertenece se produce un conato de insurrección en 1788, vísperas del comienzo de la Revolución, y que es rápidamente reprimido. Napoleón anota la repulsa que le produce este acto de subversión. El sentido de la disciplina militar y del mando, no le permitían mezclar actividades revolucionarias con claras manifestaciones de anarquía, junto a una ordenación jerárquica del Ejército.

Uno de sus profesores de matemáticas,



Monge, escribiría este informe sobre el joven alumno: *Napoleone de Buonaparte. Reservado y trabajador, prefiere el estudio a cualquier clase de diversión, se complace en la lectura de buenos autores; muy aplicado en las ciencias abstractas; poco curioso de las demás; conocedor a fondo de las matemáticas y de la geografía; silencioso, amante de la soledad,*

Napoleón Bonaparte en el sitio de Tolón, 1793
(xilografía de Epinal, siglo XIX)



caprichoso, altanero, sumamente inclinado al egoísmo, poco hablador, enérgico en sus réplicas, con mucho amor propio, ambicioso y aspirante a todo; este joven es digno de que se le proteja.

Descripción muy exacta de quien llegaría a ser emperador y cuya personalidad ofrece este conjunto de cualidades que no pueden por menos de llamar la atención y hasta el asombro de sus profesores. Otro de sus profesores, De L'Aiguille, escribió estas proféticas palabras: *Corso de nacionalidad y de carácter. Llegará lejos si las circunstancias le favorecen.*

Y le favorecieron las circunstancias.

El sentimiento de la dignidad, su inconfor-

mismo interior por las circunstancias que rodean su formación militar —depende de una beca del rey— desarrollan una lucha interior formada de ambiciones a largo plazo y a las que mira desde la distancia de sus jóvenes años. Sorprende su firme dignidad, su siempre disciplinado comportamiento solamente alterado cuando las sanciones que se le puedan imponer desbordan el límite del respeto humano. Ante cierto profesor, que le reprende, y Napoleón no acepta el castigo, el profesor le pregunta que quién es él para contestar así. A lo que Napoleón contesta rápido: *Un hombre, señor.*

En Valence, donde está su regimiento, Napoleón, acompañado solamente por su hermano menor Luis, con objeto de ayudarle y también a la familia, se dedica a prepararse en el estudio de la historia y de las posibilidades de la artillería. El dinero que ahorraba lo dedicaba a comprar libros, trabajaba sin descanso, comía una vez al día y carecía de amigos. Cuando estalla la Revolución, él se encuentra en Auxone y en una visita a París, cuando el 20 de junio de 1792 contempla la manifestación del pueblo que impone el gorro frigio a Luis XVI, exclama: *¡Qué co... si hubiese disparado sobre tres o cuatrocientos de esta canalla el resto hubiera huido!*

Pese a su repugnancia hacia estos actos de violencia, Napoleón contempla la Revolución como un hecho positivo, especialmente en su condición de corso, lo que le permite pensar que su isla natal podría obtener, si no la indepencia, una cierta autonomía. Es un hecho que Paoli, el gran patriota, ha podido regresar a Córcega después del triunfo de la Revolución. También Napoleón se apresura a regresar a Ajaccio y se hace nombrar teniente coronel de un batallón de voluntarios de la Guardia Nacional.

Bien pronto entra en conflicto con Paoli, enemigo total de Francia, y durante la Pascua de 1792 sus tropas disparan contra sus propios paisanos que se han rebelado por no querer aceptar la constitución civil del clero. Su comportamiento es de tal naturaleza que es denunciado ante el Ministerio de la Guerra. Pozzo di Borgo dice de él que *es un tigre sanguinario.* Pero Napoleón regresa rápido a París para justificar sus actos y presentarse como defensor de las ideas revolucionarias. Solicita el apoyo de los diputados corsos en la Asamblea Legislativa y de tal manera le apoyan que le nombran capitán, conservando además el grado de teniente coronel de los voluntarios corsos. Con esta protección regresa nuevamente a Ajaccio, en el otoño del mismo año 1792, dispuesto a obtener el máximo provecho de la situación revolucionaria.

Al Gobierno francés le ha sido presentado un plan para la conquista de Cerdeña, que pertenece a la monarquía sabauda. Aprobado este proyecto es enviada a Córcega una escuadra naval y a Napoleón le ha sido confiada una operación de entretenimiento que consiste en ocupar la pequeña isla de la Magdalena, cerca de Córcega. Allí desembarca el 22 de febrero de 1793. Pero sorprendido por la acción de un marinero sardo, Domenico Millelire, que le rechaza con sus tropas sublevadas, se ve obligado a atravesar el estrecho de Bonifacio absolutamente destrozado. Jacques Bainville comenta este episodio diciendo que *no fue un desastre, fue una vergüenza.*

Enfrentados otra vez Paoli y Bonaparte por la expedición a la isla de la Magdalena, Napoleón no duda en acusar a Paoli ante el Gobierno de París, diciendo que quería entregar Córcega a los ingleses. El Gobierno francés ordena el arresto de Paoli, pero apoyado por una sublevación popular de sus paisanos, consigue mantenerse firme y Napoleón es condenado por los corsos *a eterna maldición e infamia,* y su casa es entregada a las llamas.

El 10 de agosto de 1793, a bordo de una falucha, en compañía de la madre y otros familiares abandona Córcega.

Esta derrota, moral y material, habiéndose producido lejos del territorio continental, y en aquel ambiente revolucionario en el que cada día se derrumbaban unos personajes para que emergiesen otros, no supone gran cosa en la carrera de Napoleón, antes al contrario, en ese mismo mes de agosto va a tener la gran oportunidad de su vida y el comienzo de sus triunfos en el asedio de Tolón.

La conquista de Tolón

Tolón había sido entregado a los ingleses por los mismos realistas franceses enemigos de la Revolución. El general Carteaux había sido encargado de conquistarla a toda costa. Carteaux no era militar de carrera, sino pintor. Debía sus méritos militares a la anarquía revolucionaria, y a la afición al arte bélico.

Napoleón, que regresaba de tan desafortunada aventura en Córcega y Cerdeña, encuentra en el camino hacia Aviñón a un paisano suyo, el diputado corso Salicetti, que es comisario en el ejército de Tolón, quien decide darle el mando de la artillería, con lo que

Arriba, *carretada de condenados camino de la guillotina, en los días del* Terror, *bajo Robespierre.* Abajo, *el joven general Bonaparte dirige las fuerzas de la Convención el 13 de Vendimiario*

tiene la oportunidad de poner en evidencia su verdadero talento militar.

Napoleón estudia el campo de acción, impone su plan, no a Carteaux que es sustituido, sino a su sucesor Dugommier que lo acepta. Todo se desarrolla como Napoleón ha previsto y el 18 de diciembre de 1793 la escuadra inglesa se aleja de Tolón (1).

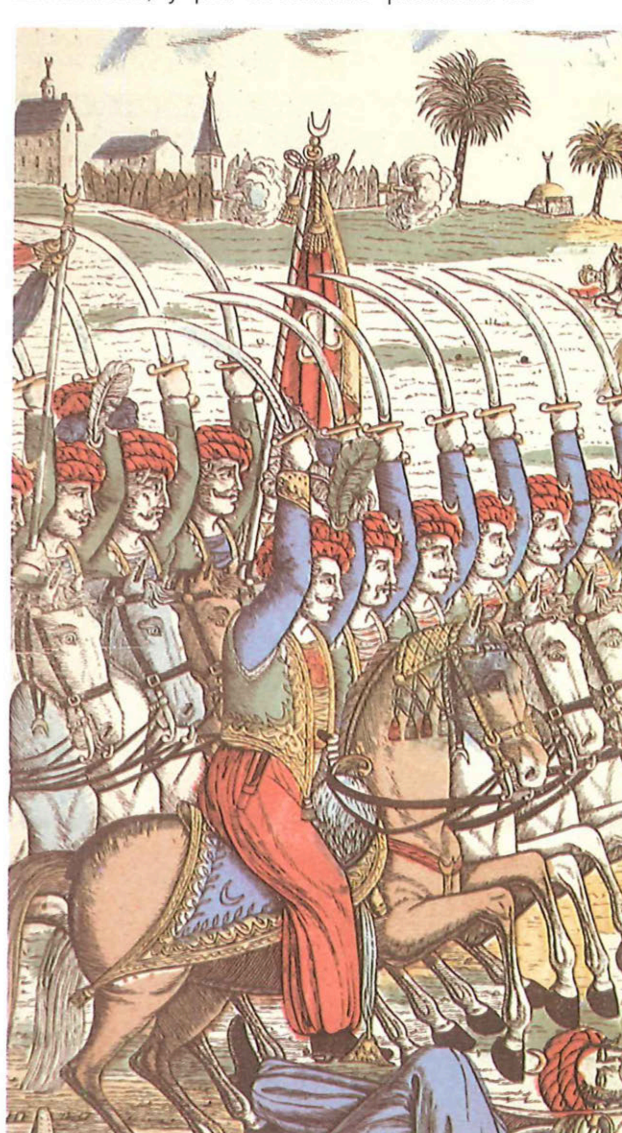
Bonaparte es nombrado general de brigada. Dugommier dice: *Promocionen a este joven; de otro modo se promocionará a si mismo.* El hermano de Robespierre, todopoderoso en aquel momento, admira al general de 25 años y propone a su hermano Maximiliano que designe a Napoleón para ocupar el mando de la artillería en el ejército que se está organizando para actuar en el Piamonte. Robespierre lo acepta, pero el 9 Thermidor —27 de julio de 1794— termina el poder de Robespierre y los dos hermanos son ejecutados. Napoleón corre el riesgo de ser considerado también enemigo de la patria y se le acusa de conspirar con los Robespierre. Arrestado, es conducido a la fortaleza de Antibes. Le abandonan sus protectores, entre ellos el mismo Salicetti, pero no se encuentran pruebas que confirmen la sospecha de conspirar y el 14 de septiembre de 1794 es puesto en libertad, aunque privado del mando militar y de la graduación. Se encuentra en la más apurada miseria. *Estoy por ceder* —dice uno de esos días— *al instinto bestial que me lleva al suicidio.*

El fin del Terror, del período Robespierre, coloca a la Convención en situación de defenderse de los ataques, tanto de los realistas como de los revolucionarios jacobinos. Se prepara, por los primeros, el asalto a la sede de la Convención, y Barras es el encargado de defenderla. Al igual que Carteaux en Tolón, Barras tampoco es un militar y piensa en Bonaparte, que ha sido capaz de disparar contra sus paisanos en Córcega. Esta consideración, junto a otras —el recuerdo de Tolón y el concepto de que es un revolucionario dada su amistad con los Robespierre—, hace que Barras llame a Napoleón. Le expone el plan. Napoleón, si bien está en desdichada situación personal, teme su intervención en lo que podría degenerar en una guerra civil y le pide tiempo a Barras para reflexionar. Barras le da tres minutos y Napoleón acepta.

A los 30.000 hombres que los realistas tienen con la Guardia Nacional, Napoleón sólo puede oponer 8.000, pero en la llanura de Sablons hay 40 cañones. Napoleón se apodera de ellos y los distribuye en los alrededores de las Tullerías, donde está reunida la Convención. Cuando aparecen los asaltantes, Napoleón no lo duda: los recibe a cañonazos y, mientras buscan refugio en la iglesia de San Roque, nuevas descargas caen sobre ellos. El resultado es de 400 muertos. El encuentro dura dos horas y Napoleón se encuentra convertido en el salvador de la Convención y, por tanto, de la continuidad de la Revolución. Ha estado a punto de sucumbir, pero la fortuna comienza a acompañarle. El lo dice: *La fortuna está de mi parte.*

La campaña de Italia

Napoleón, después del 13 Vendimiario (5 de octubre de 1795), es el hombre más popular de Francia. Le llamarán *el general Vendimiario,* y por el servicio prestado es



nombrado comandante en jefe del ejército del interior.

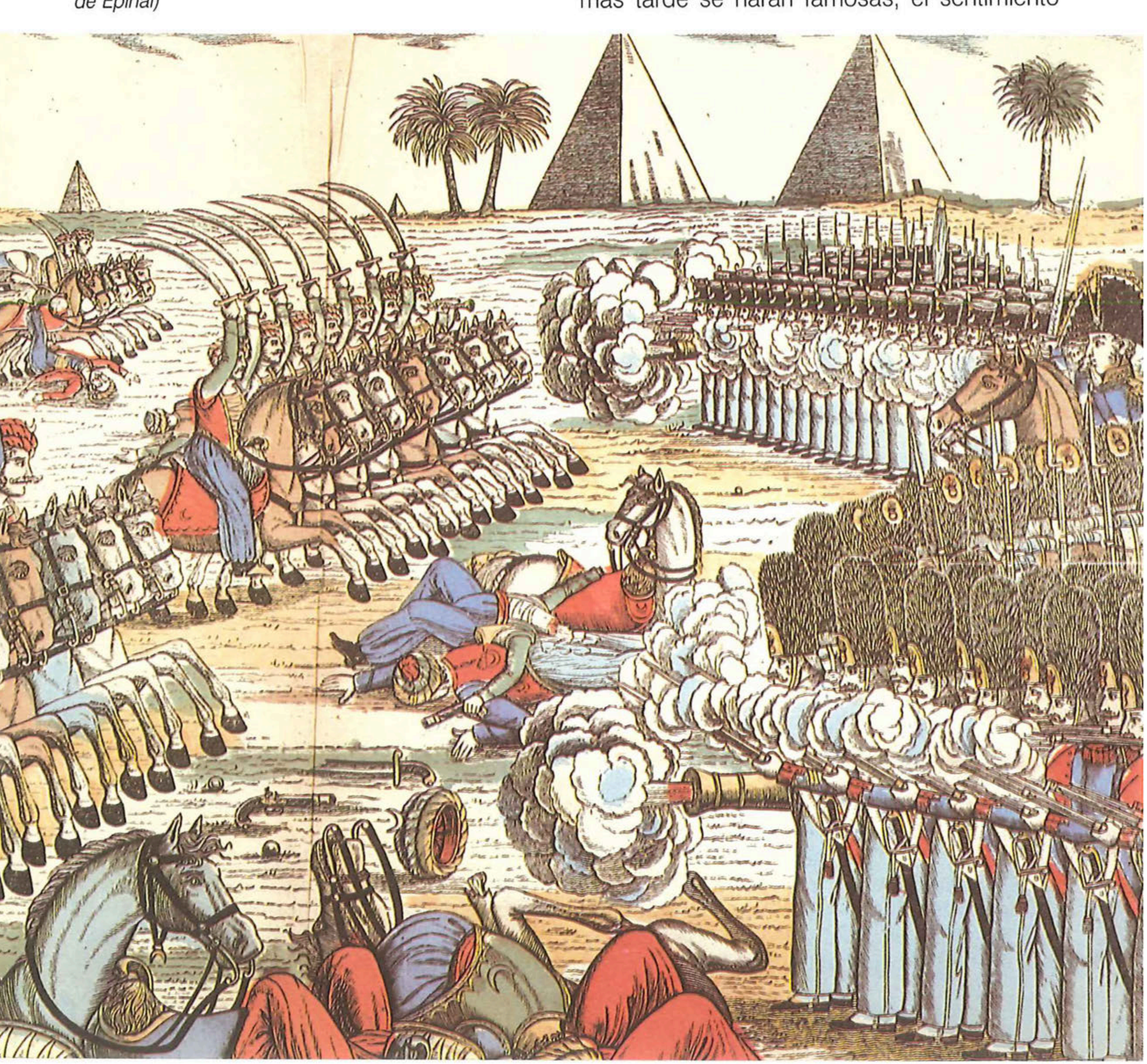
Su triunfo le permite estar junto a los hombres de la nueva situación dentro del Directorio: Barras, Carnot, Larévellière, Reubell y Le Tourneur. Junto a ellos, hombres como Tallien, Fouché, entre quienes busca Napoleón a sus futuros colaboradores, y mujeres como Madame Tallien, Josefina de Beauharnais, con la que contraerá matrimonio inmediatamente —9 de marzo de 1796—, Madame Staël y otras figuras femeninas, todos con el deseo de olvidar los días del Terror.

Estas relaciones, su reciente boda con la ex amante de Barras, su profesionalidad, permiten a Napoleón alcanzar el sueño del mando de un ejército. Si los Robespierre le iban a dar el mando de la artillería del ejército que iba a invadir Italia, el Directorio le ha concedido el mando como jefe del mismo.

Napoleón, poco después de su boda con Josefina, emprende camino hacia Niza para hacerse cargo del ejército. Llega el 26 de marzo de 1796. Tiene a su mando 36.000 hombres hambrientos, mal adiestrados, sin calzado, indisciplinados. Los jefes de dicho ejército le acogen con frialdad, pero Napoleón impone su autoridad. Allí encuentra a Massena, Augerau, Laharpe, Serrurier y Berthier.

El talento militar de Napoleón se revela en esta campaña con tal acierto y fortuna que figura en la antología de toda historia militar. Le acompañan los éxitos y despierta en los soldados, a quienes dirige las proclamas que más tarde se harán famosas, el sentimiento

Batalla de las Pirámides, 21 de julio de 1798 (xilografía de Epinal)



de colaboración y de comprensión a sus servicios. Allí descubre a Lannes, quien llegará a ser mariscal de Francia. Napoleón, con olvido de la autoridad del Directorio, designa a generales y distribuye grados según la importancia de la acción que debe recompensar. Sus éxitos despiertan recelo entre los hombres del Directorio, quienes, después de la conquista de Milán, envían a Kellermann para *que le ayude en el mando de la campaña*. Napoleón les contesta: *El general Kellermann hará la guerra mejor que yo, pero los dos juntos la haremos mal.* Ante esta amenaza el Directorio no envía a Kellermann, pero no pierde de vista la capacidad de Napoleón, no sólo como militar, sino como gobernante, y el acierto con que sabe concertar en torno a él las más diversas voluntades.

De este modo, cuando el Directorio envía al general Clarke con el encargo secreto de observar a Napoleón, se convence bien pronto de que el futuro está junto a Napoleón y no con los hombres del Directorio, por lo que se convierte en uno de sus colaboradores.

Los nombres de Arcole, Rivoli, Montenotte, Verona, el armisticio de Cherasco, la conquista de Milán, la formación de una corte, con la presencia de Josefina, que llega de París, hasta llegar a la paz de Campo Formio, que pone a la Lombardía y otras adquisiciones en poder de Francia y crea la República Cisalpina, son los hechos famosos. Siempre será fiel Napoleón a esta primera conquista y cuando durante el Imperio cede Estados en los que pone a sus hermanos como reyes de los mismos, Napoleón, emperador de Francia, mantendrá siempre el título de rey de Italia y como virrey figura Eugenio de Beauharnais, hijo de su esposa Josefina.

Esta campaña con un resultado tan inesperado, si se tienen en cuenta las condiciones en que se encontraba el ejército cuyo mando asume, eleva aún más a Napoleón ante la consideración popular en Francia, que ve en él al hombre que tendrá que hacerse cargo de los destinos del país.

La expedición a Egipto

En la situación en que se encontraba el Directorio en Francia, el regreso de un hombre de las características de Napoleón y con los triunfos obtenidos en la fulgurante campaña de Italia, constituía un auténtico riesgo. De ahí que se le dieran toda clase de facilidades y hasta de iniciativas para emprender una expedición, la de Egipto, encaminada a enfrentarse, por todos los caminos imaginables, con el eterno enemigo que era Inglaterra.

Napoleón realiza todos los preparativos ayudado por Talleyrand, ya ministro de Asuntos Exteriores del Directorio. El, con Fouché, son los únicos hombres que estima valiosos Napoleón dentro del Directorio. Al resto Bonaparte los define como *los abogados del palacio de Luxemburgo.*

El 12 de abril de 1798 queda todo preparado y el decreto que explica la razón de esta empresa, redactado por el propio Napoleón, dice —entre otras cosas—, lo siguiente: *El general en jefe del ejército de Oriente expulsará a los ingleses de todas sus posesiones de Oriente y destruirá sus establecimientos del mar Rojo. Abrirá un istmo en Suez y concluirá con el Gran Sultán un acuerdo de paz.*

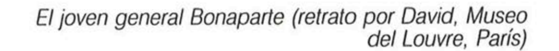
Este era el objetivo oficial. Napoleón se propone una acción más amplia. Encarga a Bertholet, Monge y Arnault que organicen la presencia de científicos y hombres de letras con el fin de *regenerar la tierra de los Faraones e incorporarla a la civilización francesa* (2).

El 9 de mayo llega Napoleón a Tolón y al día siguiente pasa revista a las tropas y las llena del aliento de las grandes empresas. La escuadra, al mando del almirante Brueys, se compone de más de un centenar de naves, entre ellos el navío *Orient,* de más de 120 cañones. La flota de transporte se compone de 208 navíos, y el cuerpo para el desembarco asciende a 38.000 soldados, más 13.000 hombres como elementos auxiliares y 13.000 marineros. El total de fuerzas que lleva Napoleón a Egipto asciende a 54.000 hombres (3).

Entre los generales que le siguen figuran: Desaix, Kléber, Cafarelli, Tomás Dumas (padre del novelista), Menon, Murat, Lannes, Bon, Marmont y Junot (4).

El 1 de julio de 1798 llega a Alejandría. Trece días dura el recorrido por el Nilo hasta llegar a la vista de las Pirámides, en donde se le atribuyen a Napoléon las palabras entonces pronunciadas, según su estilo de lanzar proclamas a sus soldados: *Soldados, cuarenta siglos de historia os contemplan.* Triunfa sobre los musulmanes en la batalla de las Pirámides y el 25 de julio entra en El Cairo. El 1 de agosto, Nelson en Aboukir destruye la flota francesa.

Los proyectos de Napoléon van reduciéndose a medida que aprecia las dificultades que surgen ante su ejército en aquella tierra. Ante las noticias de que el sultán de Constantinopla prepara un ejército que avanza desde



El joven general Bonaparte (retrato por David, Museo del Louvre, París)

Anatolia hacia Siria, única salida que le queda a Napoléon si quisiera regresar a Europa por tierra, Bonaparte decide salirle al encuentro, y el 10 de febrero de 1799 abandona El Cairo hacia San Juan de Acre.

El golpe de Estado del 18 Brumario

Esta nueva expedición termina con un auténtico desastre militar. La batalla del monte Tabor el 16 de abril de 1799 es una muestra de la indefinición entre victoria y derrota. El retorno a El Cairo se realiza en condiciones pésimas y la peste se declara en sus tropas. El heroísmo de sus soldados sobrepasa la medida humana de los esfuerzos por sobrevivir y cumplir con el espíritu militar impuesto por Napoléon.

Junto a este desastre, con su difícil situación en Egipto, las noticias que le llegan de Francia no son mejores: Italia, conquistada por él en su primera campaña, se ha perdido y el enemigo avanza por el Rin. Napoleón decide volver a Francia y deja el mando del ejército a Kléber. Embarca casi secretamente, y con él se lleva a Desaix, Murat, Lannes, Marmont. Es el 23 de agosto de 1799.

Al llegar a París, Napoleón Bonaparte, sin dar cuenta de su grave desastre en Egipto, dirige estas palabras al Directorio que son una requisitoria: *¿Qué habéis hecho de la Francia, tan espléndida, que os dejé? Os dejé victorias y no encuentro más que derrotas... ¿Qué habéis hecho de los 100.000 franceses, mis compañeros de gloria? ¡Están muertos!*

Son las palabras de un gran actor que representa la comedia del poder. El Directorio agoniza y en el ambiente se respira la necesidad de un cambio que regenere el país. Existe el hombre al que se le debe entregar el poder: Napoleón. También existen los medios: su hermano Luciano, que preside la Cámara de los Quinientos, y existe la voluntad de poner fin a aquella situación entre la mayoría de los mismos Directores que desempeñan en ese momento el poder: Barras, Sièyes, Ducos, Gohier y Moulin. Corren rumores de conjuraciones y se convoca una reunión de las dos cámaras, pero en Saint-Cloud. Un golpe de Estado no sería tan fácil en París. Están de acuerdo con que se produzca casi todos los miembros de la Cámara de los Ancianos o Se-

nadores. Reunida el 18 Brumario —9 de noviembre— a las siete de la mañana deciden, por decreto, nombrar a Napoleón comandante en jefe de las tropas de París.

Napoleón toma posesión de su cargo en la plaza de la Concordia. En el palacio de Luxemburgo, sede del Directorio, la noticia llega a las ocho de la mañana y Gohier, presidente de turno, intenta convocar a los cuatro colegas restantes. Solamente Moulin está con Gohier y son contrarios al golpe de Estado. Los otros tres son imposibles de localizar. Barras dimite y el Directorio deja de existir. Queda por saber qué hará la Cámara de los Quinientos convocada por Luciano Bonaparte para el día 19 Brumario, en Saint-Cloud. Napoleón se presenta en la Cámara de los Ancianos para explicar que no existe ningún complot. Queda mal, pero se expresa infinitamente peor ante la Cámara de los Quinientos. Se le lanzan gritos de *dictador* y *tirano,* y el ya célebre grito que determinó la caída de Robespierre: *¡Fuera de la ley!* Su hermano Luciano se quita la toga dando a entender que las decisiones de la asamblea no son válidas, abandona la sala de *la Orangerie* donde estaban reunidos y sale al exterior donde están los granaderos del cuerpo legislativo y las tropas de línea. Los arenga en favor de su hermano y el mismo Napoleón se dirige a ellos con más acierto que a los diputados. Murat, a la cabeza de los granaderos, entra en la sala de la *Orangerie.* Los diputados salen precipitadamente por las ventanas.

Son las cinco de la tarde. A las dos de la madrugada del día 20 se forma un gobierno provisional integrado por Napoleón, Sièyes y Ducos, estos dos últimos miembros del Directorio. Sigue la Revolución dejando en su camino rastros de una libertad duramente ganada y largamente perdida. Así se entra en el Consulado.

El Consulado

Tocqueville dijo de este golpe de Estado que *nada podía haber sido peor ideado ni tan torpemente dirigido.* Salió bien y sin derramamiento de sangre, como de hecho había sucedido para establecer el Directorio. Un diplomático extranjero, el embajador de Prusia en Francia, informó a su rey que *se diferenció de todos los movimientos revolucionarios anteriores en que no despertó sospechas ni recelos, sino más bien alegrías y esperanzas en toda la nación.* Un diputado, representante de la región del Mosa, hizo ante sus electores la apología del golpe de Estado asegurándoles que *de todas la calamidades que podían afligir al mundo moral, no había ninguna más terrible que la permanencia de una corporación que se dedicaba a deliberar sin descanso y a dictar interminables e inútiles leyes.* Los franceses estaban cansados de unos sistemas de gobierno en que lamentaban, como buenos cartesianos, la ausencia del método y de la lógica. Esto último, con la guerra, lo iba a aportar Napoleón.

El período más brillante, desde el punto de vista político y administrativo, fue el Consula-



Napoleón, el 19 de Brumario

do. Nacido como consecuencia del golpe del 19 Brumario, inició sus actividades el 11 de noviembre de 1799 y terminó el 18 de mayo de 1804, al dar paso al Imperio.

Esta nueva etapa de la Revolución obligaba a otra reforma constitucional, la del año VIII, que abordó una completa reforma administrativa, judicial y financiera. Esta constitución, retocada en 1802 y en 1804, sirvió hasta la caída del Imperio en 1814. Pero las reformas impuestas por Napoleón a través de la misma han durado hasta la actualidad. Significaron la total ordenación de un país que, devastado por los actos de la anarquía revolucionaria y por las guerras, necesitaba una organización que Napoleón dio con exacta medida de las necesidades de Francia para su tiempo y para el futuro. El gran talento organizador de Napoleón se puso a prueba en este primer gobierno que estuvo bajo su discreto, aunque absoluto, poder. Ordenó, por medio del Código Civil (5), las más importantes conquistas obtenidas por la Revolución y hasta consiguió la estabilidad religiosa mediante la firma de un Concordato con la Santa Sede que duró hasta 1905.

Elegido Cónsul en compañía de Sièyes y Roger Ducos, pronto se impuso a sus dos



compañeros en el gobierno. El Consulado llegaba a Francia en un momento en que, como escribía Sainte-Beuve (6), *se estaba predispuesto a abrazar cualquier gobierno regular, siempre que garantizase el orden y la tranquilidad. Esta fue la parte buena del Consulado. El Consulado, desde el primer día, fue admitido y celebrado.*

La nueva Constitución del año VIII concedía al poder ejecutivo una gran fuerza y su mandato duraba diez años, siendo reelegible. Napoleón fue designado primer cónsul y Cambacérès y Lebrun, segundo y tercero. Estos dos últimos solamente tenían poder consultivo. El nombramiento de ministros, embajadores y altos cargos dependía del primer cónsul. Junto a otras características de poder personal, el nuevo poder ejecutivo que se establecía con esta Constitución comenzaba a recordar el poder absoluto del pasado.

El poder legislativo se ejercía por el primer cónsul y tres Asambleas: el Consejo de Estado, el Tribunado y el Cuerpo Legislativo. El primero redactaba los proyectos de ley, el segundo emitía una opinión que era defendida por tres tribunos ante el Cuerpo Legislativo. Este último mereció la denominación de *asamblea de trescientos mudos* y se limitaba a escuchar a tres tribunos y a tres consejeros de Estado antes de votar, sin discusión, y por medio de escrutinio secreto.

Esta Constitución admitía la existencia de un Senado conservador o cuarta Asamblea, superior en rango y categoría a las tres mencionadas. El Senado elegía a sus miembros, aunque los primeros fueron designados por los cónsules. A la vez que cuerpo electoral, el Senado se constituía en guardián de la Constitución. Como cuerpo electoral elegía a los cónsules, a los miembros del Tribunado, del Cuerpo Legislativo y del Tribunal de Casación. Y como guardián de la Constitución estaba encargado de pronunciarse sobre los problemas que le eran presentados tanto por los cónsules como por el Tribunado, y sus decisiones podían anular o ratificar los hechos denunciados.

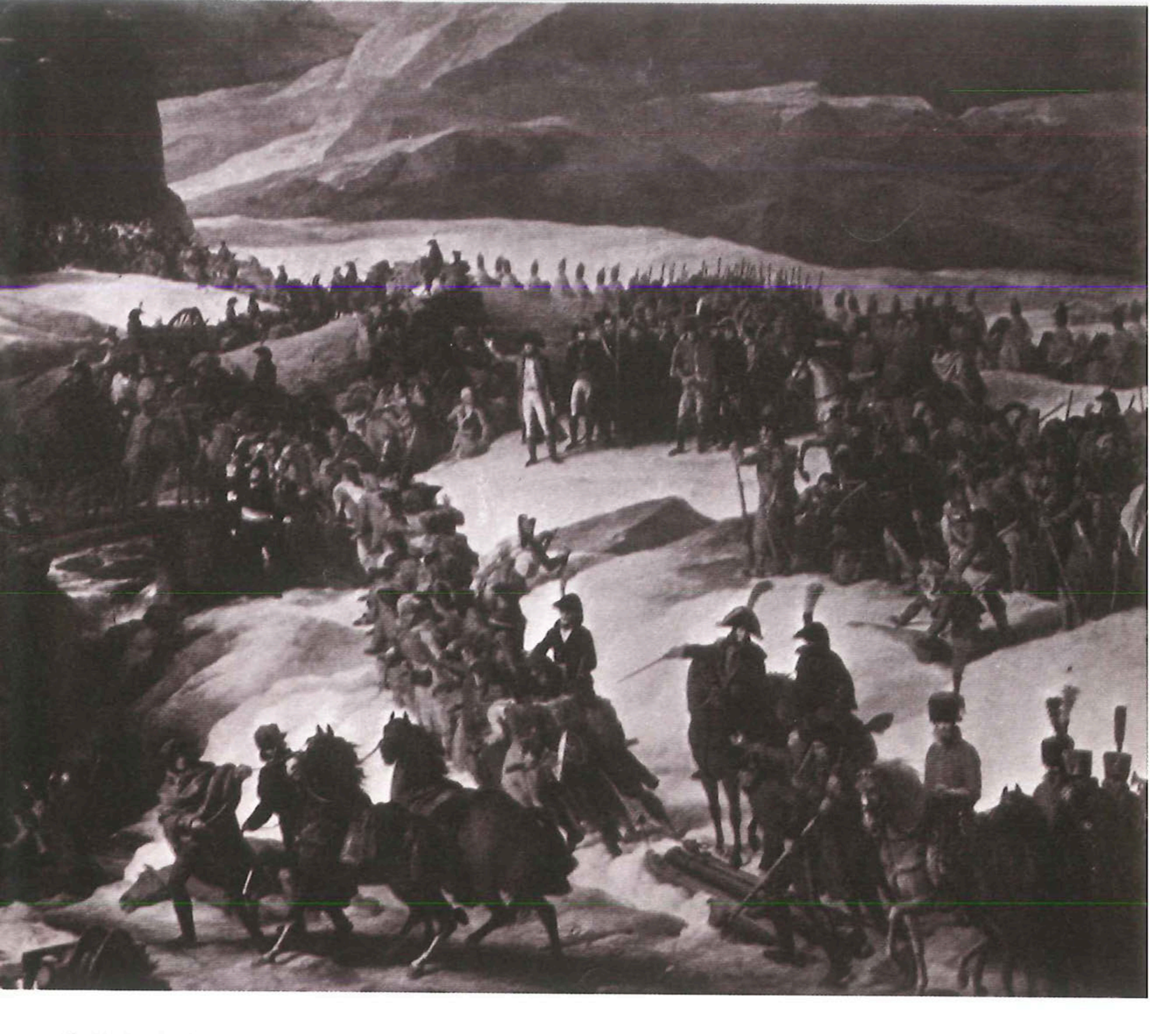
Solamente un cansacio por los actos revolucionarios, la preocupación ante las guerras que Francia mantenía contra la Europa del Antiguo Régimen, la necesidad de ordenar bajo una nueva administración el territorio francés y darle un contenido válido para la mayoría de este pueblo, explican la aceptación de un régimen que volvía a poner en práctica los principios del poder personal, matizados por el reconocimiento a la existencia y aceptación de las Constituciones, —la gran conquista de la Revolución Francesa—, pero Constitución que, en definitiva, contiene todas las posibilidades del poder absoluto, consentido porque Napoleón era ciertamente un producto de la Revolución y ninguno de esos poderes había sido heredado por línea dinástica, sino conquistado por la acción personal.

Si se tiene en cuenta que este Consulado nacía de un golpe de Estado, no deja de sorprender la cautela con que Napoleón se dirige hacia el poder personal y tampoco es extraño el hecho de que estos pasos no solamente fueran contemplados por los revolucionarios, casi todos ellos devorados o desencantados por la propia Revolución, sino seguidos o aceptados por una nueva conciencia en los hombres de aquel tiempo que les arrastraba hacia la organización de las conquistas más sólidas y estables de la Revolución

Fue por ello que el Consulado realizó una importante labor de organización del país, y a la satisfacción interior de los franceses se unía la del resto de Europa (7). Si en el orden político la Constitución otorga un claro poder al ejecutivo, también en el campo de la Administración se seguía la misma línea de nombramientos por designación directa con una jerarquización de cargos que iba desde el prefecto, como jefe de un departamento, hasta el subprefecto y el alcalde. Y otro tanto sucedía con la organización judicial, en la que fue abolido el sistema de elección de jueces, salvo para los jueces de paz. La única defensa para darle a la justicia un aire de independencia consistía en el hecho de que los jueces una vez nombrados eran inamovibles.

Era evidente el retroceso que la participación popular tenía en el nuevo régimen establecido por el Consulado y si el artífice fue Napoleón no dejó de servirle eficazmente el abate Sièyes, celebrado autor en otro tiempo del folleto *¿Qué es el Tercer Estado?,* y que ahora remodelaba los gloriosos principios de otro tiempo en textos legales en los que el olvido de la participación popular era casi total. El pueblo de Francia pasaba, de los actos desordenados en la calle, a uniformarse militarmente y colaborar en las glorias del Emperador. El Consulado fue el auténtico período de transición que le llevó de uno a otro camino.

Junto al Código Civil, el Concordato, las reformas políticas y administrativas, Napoleón Bonaparte durante este período del Consulado también reorganizó la enseñanza secundaria, creó los liceos dotándolos de numerosas becas destinadas a los alumnos de familias



El ejército de Napoleón atraviesa el Gran San Bernardo, 20 de mayo de 1800 (por Chitlleveneiu, Museo de Versalles)

con pocos recursos económicos, instituyó la Legión de Honor en 1802 para premiar los servicios militares y civiles, y para fomentar el desarrollo de la industria y del comercio apoyó la creación del Banco de Francia, que fue llevada a cabo por un grupo de banqueros.

Atentados contra Napoleón

Emprendió importantes trabajos públicos y después de la paz de Amiens, con los ingleses, Francia conoció un muy brillante desarrollo que entraba en competencia con las actividades industriales y mercantiles de Inglaterra.

Todas estas creaciones, que le alejaban de los desconciertos y aventuras de la Revolución, hicieron pensar a los realistas que Napoleón podría ser el restaurador de la dinastía abatida por la Revolución y que el joven general iba a jugar un papel como el de Monk en Inglaterra. Contrariamente a estas ilusiones de los partidarios de la monarquía de los Borbones, Napoleón pensaba en la forma de perpetuar su poder mediante la creación de su propia dinastía, empresa que llevó a cabo en dos etapas; primera, mediante su nombramiento de cónsul vitalicio (8), la segunda, en mayo de 1804, en que se hizo proclamar emperador.

Conocidas estas intenciones, los realistas reaccionaron de una forma expeditiva y prepararon contra Napoleón, a quien comenzaron a denominar como *el usurpador,* diversos atentados de los cuales el más importante y de más vastas consecuencias fue el que sur-



La coronación de Napoleón como emperador *(por David, Museo del Louvre, París)*

gió a raíz de la conspiración de Cadoudal.

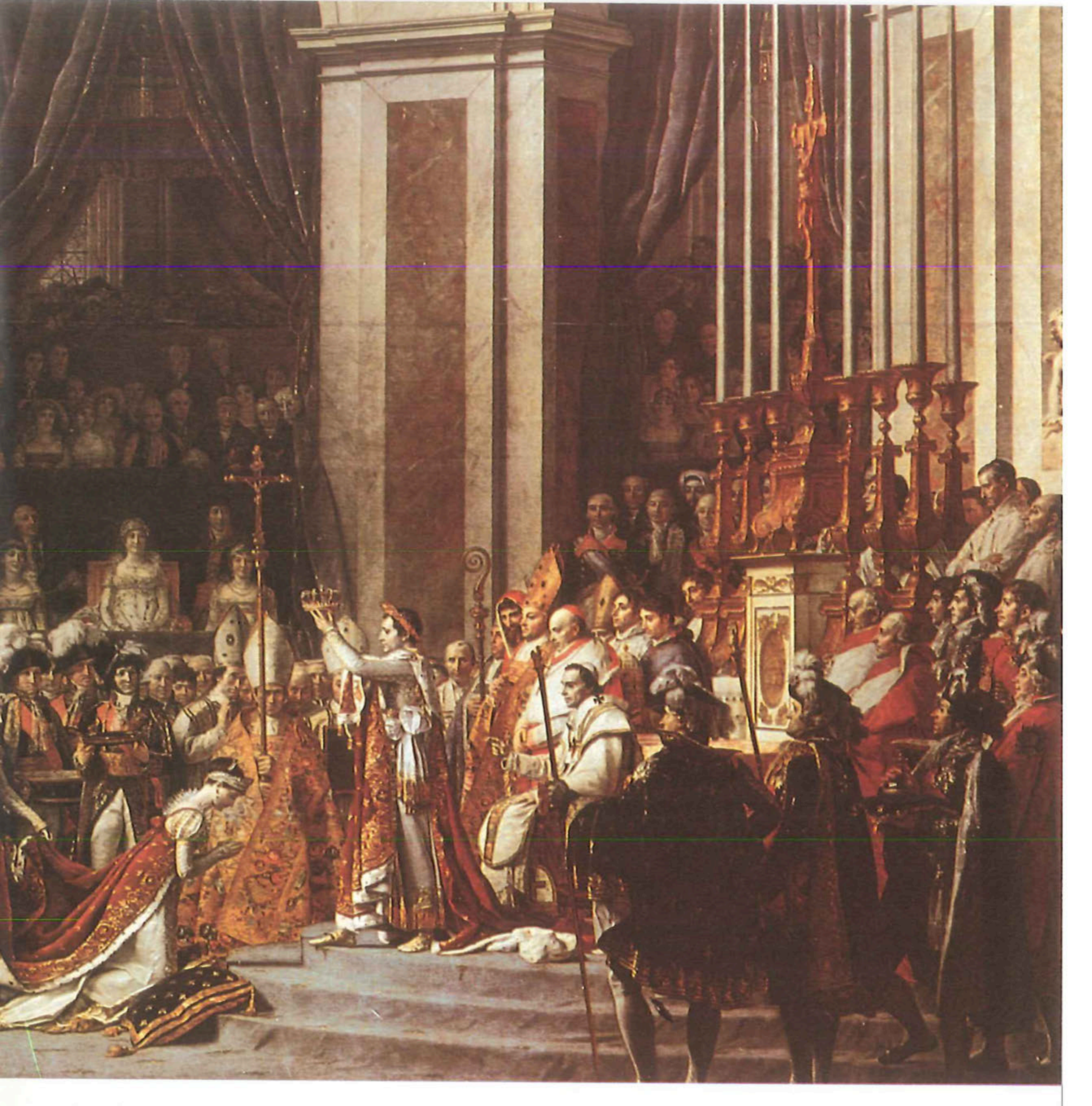
En 1803, un grupo de realistas refugiados en Inglaterra trabajaron junto al conde de Artois y el príncipe de Polignac para quitar el poder a Napoleón. Formaron parte de la conjura Pichegru y Moreau, aunque éste no quisiera trabajar a favor de Luis XVIII. A la cabeza de esta secreta acción figuraba Cadoudal. Descubiertos y detenidos en enero de 1804, Cadoudal confesó que para poner en práctica la ejecución del *complot* esperaban la llegada de un miembro de la familia real.

Por un conjunto de circunstancias desdichadas se relacionó a esa persona con el joven duque de Enghien, que estaba en la localidad de Ettenheim, en el ducado alemán de Baden. No dudó Napoleón en enviar a un destacamento de dragones para que, internándose en territorio de Baden, detuviesen al príncipe. Trasladado a Vincennes el 20 de marzo de 1804, fue condenado y ejecutado. Muchos consideraron esta ejecución como un crimen y algunos miembros de su propia familia no dudaron en decirle que era además una torpeza. Pero con esta ejecución, Napoleón dejaba bien claro que no iba a ser el restaurador de la destronada familia real francesa, cuyo rey, Luis XVI, había sido guillotinado. Quedaba claro, a partir del 21 de marzo de 1804, que Napoleón se proclamaría emperador.

La propuesta para llevar a la práctica semejante idea fue presentada en el Senado por el antiguo revolucionario jacobino Fouché, solicitando que el *gran hombre debía terminar su obra haciéndole inmortal como su gloria.* Un tribuno aclaró la petición de Fouché diciendo que Napoleón debía ser proclamado emperador de los franceses y tal dignidad se declarase hereditaria en favor de la familia Bonaparte. Solamente Carnot fue capaz de combatir y rechazar esta propuesta que, sin embargo, se aprobó por el Senado el 18 de marzo de 1804, por medio de un *senatus-consultus* en virtud del cual *el gobierno de la República era confiado al Emperador Napoleón.*

Sometido a un plebiscito fue ratificado por más de tres millones y medio de votos positivos contra tres mil negativos. Este fue el comienzo del Imperio.

Durante este período del Consulado, Napoleón deseaba fervientemente la paz y en tal sentido había escrito a los soberanos de Austria y de Inglaterra. Las respuestas no fueron



las deseadas por Napoleón. La guerra contra Austria fue nuevamente inevitable. Como sucede normalmente durante estas guerras se forman tres cuerpos de ejército: uno lo dirige Moreau, el otro Massena, el vencedor en Zurich, y el tercero Berthier. Este último es el de menor importancia y los austriacos sospechan que no podrá actuar en el norte de Italia y nada tienen que temer por este lado. Además Napoleón, como cónsul, tenía prohibido por la nueva Constitución ponerse al frente de las tropas francesas. No respetó esta cláusula que sólo sirvió para engañar al enemigo. Napoleón se puso al frente del ejército que mandaba Berthier, guió a sus tropas a través del Gran San Bernardo y todavía obtuvo la brillante victoria de Marengo. Si bien esta segunda campaña de Italia no reviste los caracteres de la primera, no desmerece, por las hazañas realizadas, a la del año 1796.

El Imperio

Al llegar a 1804, el ciclo de la Revolución Francesa se cierra de la forma más inesperada: permite que se vuelva a establecer el poder personal y absoluto. Toda la lucha prerrevolucionaria, al elaborar el pensamiento político sobre la forma de división de poderes, se

quiebra cuando se establece de nuevo el poder absoluto. El cuidado de los hombres de 1791 al elaborar la Constitución monárquica —la primera que Francia se daba— se centraba sobre todo en impedir una valoración del poder ejecutivo que no estuviese debidamente sometido a control por los poderes legislativo y con la independencia del poder judicial. Continuando con el mismo proceso de sospecha de los peligros que emanan del poder ejecutivo, la Convención, al establecerse como forma republicana en Francia, liquida el poder ejecutivo y se apoya totalmente en el legislativo, al que dota de capacidad de gobierno por medio de comités y de referéndums. La inviabilidad de tal Constitución que, por lo demás, nunca fue puesta en práctica, condujo a la siguiente etapa, la del Directorio, en donde nuevamente se ponía de manifiesto el miedo que inspiraba el poder ejecutivo hasta el punto de que el mismo se confiaba a cinco personas.

Se comprobó que tampoco funcionaba así el sistema democrático, ni quedaban bien defendidos los principios que habían inspirado semejante Revolución. Cuando se produjo el golpe Brumario, pese a ser un golpe de Estado de carácter militar, tampoco se llega al poder personal, sino que el poder ejecutivo se confía a tres cónsules, aunque de ellos solamente uno, Napoleón, ejerza el mando verdadero. Y así, reducción tras reducción en el poder ejecutivo, después de haber alcanzado el máximo, es decir, la aniquilación total del mismo, se vuelve a llegar a ponerlo bajo un solo hombre, una voluntad, una decisión que, tratándose de Napoleón, va a ser no solamente ejecutiva sino ejecutoria.

La Revolución se había mordido la cola y formado un círculo con su cabeza. La diferencia entre Luis XVI y Napoleón —aunque sería más acertada la comparación con Luis XIV (9)—, es que aquel pertenece a una estirpe real y continúa una dinastía, mientras Napoleón es, en definitiva, un hombre del pueblo que ha creado su propia estirpe.

Cuando Teixeira de Pascoaes define a Napoleón como un dios que se retrasó en el camino, coloca al emperador de los franceses en la verdadera línea que le corresponde: es un hombre de la Antigüedad, un hombre como Alejandro o Julio César. Aun siendo contemporáneo de Washington no se le comprende si se le compara con el héroe de la Independencia norteamericana, pero se le entiende bien cuando se le relaciona con los generales de la época clásica. De ahí que Napoleón, hijo de la Revolución, no construye un mundo nuevo en el orden político cuando organiza la misma, pero sí construye un período nuevo cuando organiza social, económica y culturalmente la vida de Francia y, consecuentemente, la de Europa. Sólo en lo que se refiere a su estimación personal, Napoleón es un hombre del pasado, pero en la apreciación del mundo nuevo que se inicia ante él se comporta como un hombre de su tiempo. Es esta dicotomía en la vida de Napoleón la que le hace parecer contradictorio, la que le hace ser discutido, la que desconcierta en suma. Pero lo que queda de Napoleón, más allá de la leyenda, de la aventura personal casi imposible de comprender y que maravilla todas las imaginaciones, es su obra administrativa, la interpretación de Europa, el arte militar, la sólida organización de una sociedad en estructuras firmes y trasvasables.

El Imperio representa, por esta razón y porque durante el mismo Napoleón se presenta en sus diversos rostros, la más decisiva consagración de su obra y la glorificación de su persona.

El Imperio de Napoleón duró diez años, desde el 18 de mayo de 1804 hasta el 6 de abril de 1814. Diez años en los que Napoleón paseó por Europa a la *Grande Armée,* alcanzó las mayores victorias militares con sonados desastres, perfeccionó el poder personal y modificó la Constitución del año VIII, la del Consulado, mediante reformas que le permitían la organización de su Imperio con el establecimiento de una nueva aristocracia, una Corte imperial, nuevos rangos y títulos, y un ataque al Senado, al que le quitó el poder de pronunciarse sobre el valor constitucional de las leyes. Así modificada, la nueva Constitución se denominó del año XII. Al menos cronológicamente seguía el calendario revolucionario.

Una casi única creación de valor cultural hizo Napoleón en este período: la de la Universidad, cuya duración ha llegado hasta nuestros días.

El ritmo de dinámica histórica que imprime a sus actos la Revolución Francesa, afecta también a los diez años del Imperio. La acumulación de hechos parece imposible de acoplar en tan corto espacio de tiempo. Siete coaliciones ponen de manifiesto que la guerra no fue un accidente ocasional, sino que era el verdadero soporte del nuevo Imperio. Ni el prestigio del increíble general, ni la ordenación que hace de Europa, ni la expansión del sistema constitucional por toda Europa domina-

da por Napoleón, son aportaciones suficientes para adormecer las conciencias nacionales y aceptar la denominación del Imperio napoleónico. Una rebeldía nacida en los pueblos de Europa se unía, aunque diferenciada en sus aspiraciones, a la de aquellos que, herederos del Antiguo Régimen, deseaban la liquidación del *gran corso,* como también era llamado.

La primera coalición que corresponde a los días del inaugurado Imperio en 1804, es la tercera en el orden de las mismas. Por muchos motivos esta coalición es, posiblemente, la más importante en la vida imperial de Napoleón y también en su profesión de general.

Si Napoleón ha utilizado el ceremonial, el protocolo, el sistema de designación de la nobleza a semejanza del Antiguo Régimen, también ha heredado de la política exterior de Francia su tradicional enemistad con Inglaterra. El desarrollo industrial de Francia, impulsado por Napoleón durante el Consulado, su creciente autoridad en Europa, su camino hacia el Imperio hicieron tambalear la paz de Amiens. Como causa profunda existía el tema de Malta, es decir, el del Mediterráneo que Napoleón quería convertir en un lago francés y que los ingleses no estaban dispuestos a permitirlo, y la cuestión belga, en tanto en cuanto los ingleses no podían aceptar la ocupación francesa del puerto de Amberes.

La tercera coalición

La paz de Amiens no fue, sin embargo, rota por Napoleón, sino por Inglaterra. Duró el período pacífico algo más de un año —desde el 25 de marzo de 1802 hasta el 17 de mayo de 1803—, fecha esta última en que Inglaterra renovó el acta de piratería, por la cual los ingleses se apoderaron de más de doscientos navíos franceses y holandeses que se encontraban en puertos británicos. Napoleón contestó a dicha medida ocupando el electorado de Hannover, propiedad personal del rey de Inglaterra. Hizo concentrar un ejército de 150.000 hombres cerca de Calais, en el campo de Bolonia. No parece probable que la intención de Napoleón fuese la de invadir Inglaterra, aunque sí mantenerla alerta y preocupada ante la posibilidad de una invasión.

Este entretenimiento apartaba la atención de Inglaterra de otros frentes, pero en agosto de 1805 se formó una coalición, la tercera, en la que entraron Rusia, Prusia y Austria-Hungría en apoyo de Inglaterra. Napoleón dirigió sus ejércitos a través de Baviera, aliada suya, e inició la campaña continental que le condujo a las victorias de Ulm y Austerlitz. La paz de Presburgo puso fin a esta coalición, pero no significó el fin de la guerra con Inglaterra, ya que la transformación de Europa después de Presburgo supone el establecimiento de una nueva era: la napoleónica.

Si el comienzo de la misma hay que situarlo en la fecha de proclamación del Imperio, es la ceremonia de la coronación de Napoleón la que confiere realidad al nuevo período. Fijada la celebración para el 2 de diciembre de 1804 en la catedral de Notre Dame, la escena, inmortalizada por David, refleja bien la situación. Comenzando por la indumentaria de Napoleón, que viste calzones cortos al estilo Luis XV, una gorguera como Enrique IV, el manto corto y rojo de los Valois, medias de seda blanca como las que usaba Robespierre, algún recuerdo del *Rey Sol,* el cetro de Carlomagno y una corona de oro en forma de círculo con hojas de laurel como los héroes griegos, recoge toda la historia de Francia, la más representativa. También la de Europa se reúne en ese traje de coronación napoleónica y ceremonia en la que, aunque asiste el papa Pío VII, es Napoleón el que protagoniza todos los gestos y detalles, asumiendo la coronación de su esposa Josefina y la suya propia. Junto a los símbolos del pasado están los hechos que van a configurar el futuro, y las personas.

Allí está su hermano José, a quien Napoleón le susurra en un momento del acto de coronación: *¡Si nos viera nuestro padre!;* sus hermanas, que se han empeñado en su resistencia femenina a servir de elementos decorativos en la coronación de Josefina. Precisamente Josefina ha sido una de las dos figuras familiares que han intentado convencer a Napoleón para que no asumiera la corona imperial; la otra es su madre, madame Letizia, animada por los mismos propósitos de prudencia. Todos los Bonaparte están allí y pronto —en el plazo de un año— serán reyes en países europeos, cosa que consiguen por el resultado de la campaña de la tercera coalición, nudo central en el imperio Bonaparte, con las victorias de Ulm y Austerlitz, y la paz de Presburgo en la que Napoleón impone al emperador de Austria-Humgría las siguientes condiciones: Cesión a Francia de Istria, Dalmacia, Venecia, Suabia y el Tirol, alejándose de los accesos al Adriático y el Rhin y perdiendo más de tres millones de súbditos. Estas adquisiciones las distribuyó así: Venecia, incorporada al reino

de Italia, cuya titularidad tenía Napoleón junto a la de emperador de los franceses; Istria y Dalmacia pasaban a depender del imperio francés, y Suabia y el Tirol los entregó a sus aliados alemanes, los electores de Wurtemberg y de Baviera.

Este gran triunfo, que se producía justo a un año de su coronación como emperador —la batalla de Austerlitz tiene lugar el 2 de diciembre de 1805, es decir, al cumplirse el primer aniversario de dicha ceremonia—, permite a Napoleón comenzar a actuar como el emperador de Occidente. A sus aliados, los electores de Wurtemberg y de Baviera, los eleva al rango de reyes, aparta a los Borbones del reino de Nápoles, por haberse aliado con los ingleses, y coloca a su hermano José en su lugar; a la República Bátava la transforma en reino que concede a su segundo hermano, Luis. Y por la misma razón imperial y por los mismos procedimientos de decretos, confiere los títulos de gran duque de Berg a su cuñado Murat, el principado de Neuchatel al mariscal Berthier, jefe de su Estado Mayor; el principado de Benevento a Talleyrand; el electorado de Hannover se lo entrega al rey de Prusia para asegurarse su colaboración —cosa que no consigue—, y transforma la organización de Alemania que, constituida en más de 360 pequeños Estados y gobiernos bajo la denominación de Confederación Germánica, pasa a denominarse Confederación del Rhin, arrancando al emperador de Austria-Hungría el título imperial y dejándolo convertido solamente en rey.

De este modo, Napoleón Bonaparte eliminaba el Sacro Imperio Romano Germánico que imperaba en Europa central desde Otón *el Grande* en 962. El auténtico significado de esta alteración de Europa, de este desafío que Napoleón hacía a los Imperios austriaco e inglés, suponía un estado de guerra permanente para mantener su idea de Europa y del establecimiento de unos principios de unidad occidental en torno a Francia. Para ello le interesaba mucho mantener amistad con el zar de Rusia, conocedor de que una paz y amistad con Inglaterra era imposible, ya que este país siempre había practicado el principio del equilibrio de poderes en Europa (10).

La paz impuesta en Presburgo a Austria-Hungría no iba a durar mucho tiempo, pese a los deseos de Napoleón de mantener el equilibrio conseguido en beneficio francés.

En esta ocasión la causa la iba a ofrecer Prusia. Su rey, Federico Guillermo III, deseaba ampliar su territorio, para lo cual oscilaba en sus amistades tanto a favor de Napoleón como del zar de Rusia o bien con los dos a la vez. No bastó que Napoleón le concediese Hannover después de Presburgo, ya que al mismo tiempo formaba una alianza con Rusia y los ingleses le alertaban de que Napoleón no cumpliría su promesa. Federico Guillermo comenzó por movilizar sus tropas en agosto de 1806 y negoció con sus aliados la formación de la cuarta coalición integrada por Inglaterra, Prusia, Rusia y Suecia.

La cuarta coalición

Iniciadas las hostilidades, la campaña duró un año —1806 a 1807— y se desarrolló en Sajonia contra los prusianos, derrotados en las batallas de Jena y Auerstadt, y en Polonia contra los rusos, vencidos en las batallas de Eylau y Friedland. La derrota prusiana fue tan ro-

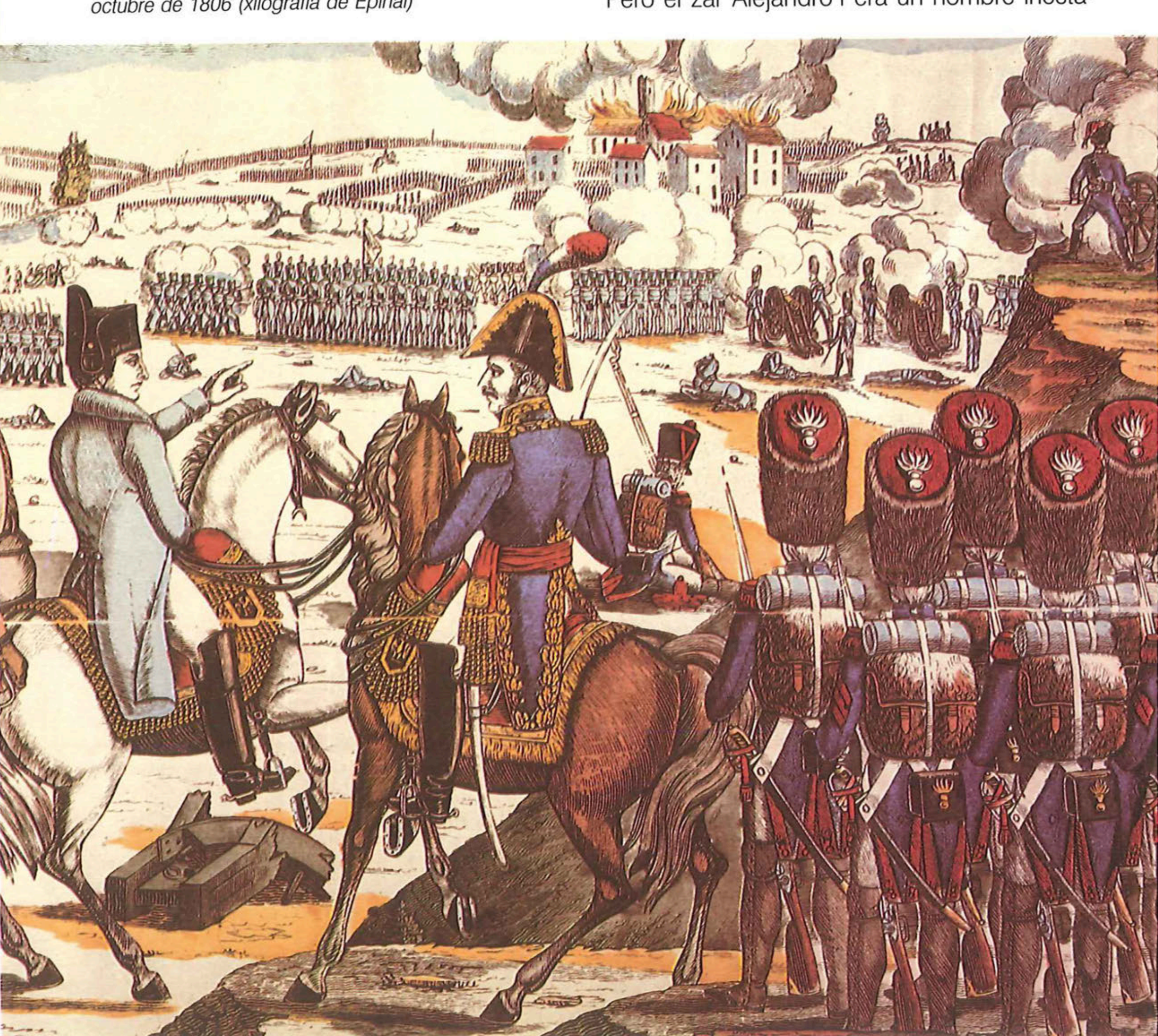


tunda que uno de los consejeros del rey Federico Guillermo decía que *no había que pedir la paz, sino mendigarla*. La paz se negoció en Tilsit, pero solamente entre Napoleón y Alejandro I de Rusia, puesto que el rey de Prusia no fue admitido a estas entrevistas. Fue Prusia la que cargó con todos los gastos de la guerra, ya que Napoleón quería la amistad del zar. Prusia perdió Hannover y todos los territorios que poseía en la orilla izquierda del Elba, más lo que había tomado de Polonia. Asimismo tenía que soportar la presencia de las tropas francesas en su territorio hasta pagar la indemnización económica a Francia cuya cuantía ni siquiera fue fijada.

Por el contrario, durante las entrevistas de Tilsit, los dos emperadores reunidos en una balsa sobre el río Niemen se repartieron Europa y sus zonas de influencia. El zar de Rusia admitía el reconocimiento de Napoleón como emperador de Occidente y aceptaba las transformaciones operadas en Alemania e Italia. Alejandro I se ofrecía como mediador entre Inglaterra y Francia o colocarse al lado de Napoleón, en caso de rechazo por parte inglesa. A su vez, Napoleón se colocaba junto a Rusia en la guerra contra Turquía, que mantenía en aquellos momentos. Solamente en un punto, al repartirse el mapa de Europa, no estuvieron de acuerdo y fue a propósito de Constantinopla, que el zar quería para Rusia. Napoleón se opuso replicándole: *Constantinopla jamás, porque eso es el imperio del mundo.*

Las entrevistas de Tilsit marcan un punto de apoyo soñado por Napoleón al contar con una alianza que necesitaba de forma sustancial. Pero el zar Alejandro I era un hombre inesta-

Napoleón dirige a sus soldados en la batalla de Jena, octubre de 1806 (xilografía de Epinal)



ble y, aunque admirase al emperador Napoleón, no era absolutamente sincera su conducta como lo hubiera podido ser la de su padre, el zar Pedro I, asesinado en una conspiración en la que había participado el mismo Alejandro I, si bien con el propósito de quitarle el trono, no la vida.

Con tales supuestos aliados, la permanente guerra contra Inglaterra, con la que no había firmado ninguna paz después de la de Amiens en 1802, el creciente poderío del Imperio napoleónico y, por consiguiente, la ausencia de la medida en sus aspiraciones, hacen derivar a Napoleón hacia una política en que las coaliciones no se le presentan por deseos de otros países sino por sus propias complicaciones.

Tal es el caso del bloqueo continental ordenado por el decreto de Berlín de 21 de noviembre de 1806, por el cual Napoleón prohibía todo comercio de Europa con Inglaterra, lo que le llevó a ordenar el cierre de los puertos europeos, a la ocupación de los países marítimos alemanes, a la anexión de los Estados Pontificios y a la ocupación de Portugal, que, al igual que Suecia, rechazaba este bloqueo. Con este procedimiento pretendía Napoleón arruinar económicamente a Inglaterra y provocar una crisis social de consecuencias incalculables.

Todo este sistema, no cumplido rigurosamente ni por sus propios aliados, condujo a Napoleón a la desdichada guerra contra España y a la ocupación del territorio peninsular con las graves consecuencias que significaron el comienzo del fin del Imperio. En repetidas ocasiones se refirió Napoleón a esta guerra con la expresión de *esa desdichada guerra me perdió*. No fueron las insinuaciones de Talleyrand (11) las que le indujeron a entrar en España y acabar con el único reino borbónico que quedaba en Europa; fue la necesidad de cortar a Inglaterra la penetración por Portugal en el continente. Si consideramos que tuvo graves derrotas, como la de Bailén (12), un desgaste producido por una guerra de guerrillas a la que la *Grande Armée* no estaba acostumbrada, distancias más difíciles de superar que las de sus habituales recorridos por Europa desde su primera campaña de Italia, hay que situar en 1808 el comienzo del declive de su imperio, imposible ya de remontar. En Tilsit había alcanzado el clímax, y desde ese momento ya todo es decadencia y traición.

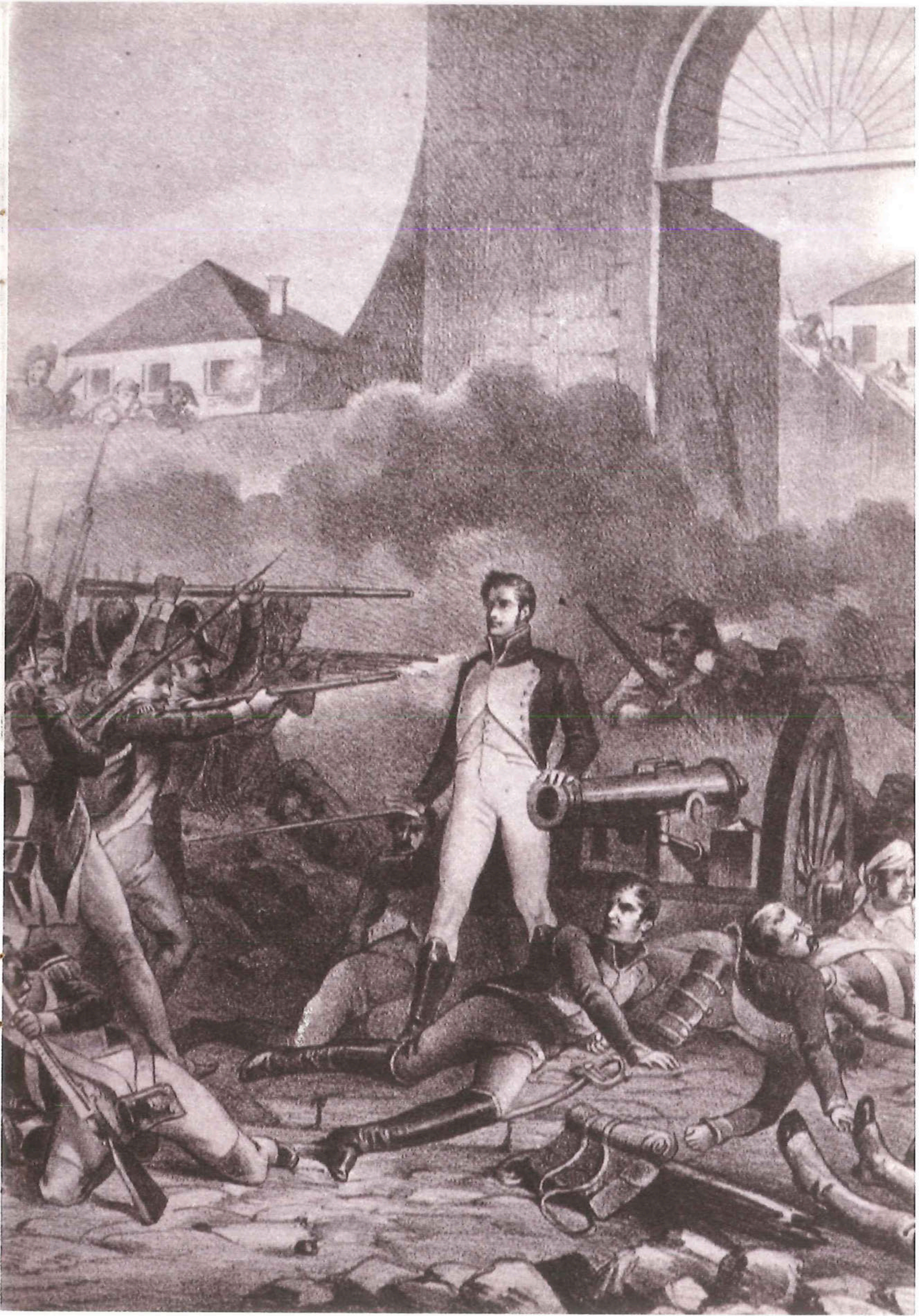
En 1808 no es solamente el fracaso del bloqueo continental y la guerra contra España, sino las graves oscilaciones de la alianza rusa que se ponen de manifiesto en las célebres entrevistas de Erfurt (27 de septiembre a 14 de octubre). Solicitadas por Napoleón a Alejandro I, a raíz de que el emperador de Austria, tras conocer la derrota de las tropas francesas en Bailén, comenzase a movilizar sus ejércitos. Quería Napoleón que el zar de Rusia interviniese para evitar una nueva guerra en Europa y calmase al austriaco.

La quinta coalición

Bajo este clima se desarrollaron las mencionadas entrevistas que Napoleón preparó con gran esmero, deseoso como estaba de captarse la buena amistad de Rusia, si hubiera sido sincera, y que no había cuajado del todo en Tilsit. Envió Napoleón a Talleyrand a Erfurt con el ánimo de que cuidase de todos los pormenores para lograr el apoyo imperial ruso. Pero Talleyrand, que conocía el cansancio de Francia producido por las guerras napoleónicas, preocupado porque no veía sólidamente establecido el gobierno de Napoleón, portador de otras inquietudes, se ocupó justamente de traicionarle. Consiguió entrevistarse con el zar cuando éste estaba casi convencido por Napoleón y le planteó el siguiente silogismo: *Sire, Francia es un pueblo culto con un emperador inculto. Rusia es un pueblo inculto con un emperador culto. Corresponde a vos ser el aliado del pueblo francés.* Oscilante como siempre, Alejandro I no quiso *enseñarles los dientes a los austriacos,* como le había pedido Napoleón. Así pues el emperador de Austria formó la quinta coalición, en la que entraron Inglaterra y, por supuesto, España y Portugal. El emperador de Rusia, que por sus anteriores compromisos con Napoleón debía invadir los territorios de los coaligados, advirtió secretamente al emperador Francisco que no causaría demasiados males.

No obstante esta falta de ayuda por parte de Alejandro I, Napoleón en la campaña de 1809 venció totalmente a los ejércitos austriacos en Wagram y en Eckmühl. El armisticio de Znaïm el 11 de julio de 1809 condujo a la paz de Viena, firmada el 14 de octubre del mismo año. Costaba al Imperio austriaco la pérdida de cuatro millones de súbditos, la cesión de

Muerte de Daoiz y Velarde defendiendo la entrada del parque de artillería de Monteleón, en Madrid, durante la sublevación del 2 de mayo de 1808 (grabado de la Historia de España Ilustrada, *de Rafael del Castillo)*



su parte de Polonia, las provincias Ilíricas (constituidas por Trieste y las provincias del Adriático) que se anexionaron a Francia.

Este triunfo mantiene el apogeo del poder napoleónico, ya que no solamente era emperador de los franceses, rey de Italia, mediador de la Confederación Helvética, protector de la Confederación del Rhin, sino que había hecho rey de España a su hermano José, a su hermano Jerónimo, rey de Westfalia, y a su cuñado Murat, rey de Nápoles. Gobernaba sobre más de setenta millones de ciudadanos. Es lo cierto que la campaña de 1809 fue más sangrienta que las precedentes, que si en España había tenido la derrota de Bailén, en Austria había sido vencido en Aspern. Se estaba despertando un sentimiento nacionalista en los territorios ocupados por las tropas de Napoleón y un estudiante sajón había intentado matarle con la convicción de que matando al emperador *rendía un servicio a su país y a Europa* (13).

Para acabar de completar este punto de exaltación imperial, Napoleón se divorció de Josefina y contrajo matrimonio con la archiduquesa María Luisa de Austria, hija de su constante enemigo. Como fruto de este matrimonio Napoleón contó con un heredero a quien dio el título de rey de Roma. Los recuerdos de su origen italiano pesaban en su espíritu, ya que si hubiera sido hija le hubiera dado el título de princesa de Venecia. No solamente por recuerdos familiares sino también por la importancia de Italia en cuanto sede de los Estados Pontificios, Napoleón pensaba en hacer de Roma la segunda capital de su Imperio, después de París.

La campaña de Rusia (Sexta Coalición)

De nuevo la ruptura de hostilidades no parte de Francia. Pero desde 1810 el emperador de Rusia, tanto por su inestabilidad de espíritu como por la presión de las circunstancias interiores y exteriores a su propio país actuaba de una forma que provocaría la ruptura con Napoleón.

La nobleza rusa, que contaba con numerosos esclavos a su servicio, no contemplaba con tranquilidad una amistad con Napoleón, que era el portador de nuevas ideas nacidas en la Revolución Francesa. De otro lado, Alejandro I no había conseguido lo que más deseaba Rusia: la posesión de Constantinopla, y por último, el bloqueo continental no producía los saludables beneficios que hubieran de-





LA EUROPA NAPOLEONICA
EN 1810
FINLANDIA
(Rus. 1809)
Helsingfors
S. Petersburgo
Novgorod
Kazán
Nijni Novgorod
Moscú
REINO
DE
NORUEGA
Bergen
Cristianía
REINO
DE SUECIA
Estocolmo
Göteborg
MAR
BALTICO
Riga
IMPERIO
RUSO
Smolensk
REINO
Copenhague
DE DINAMARCA
Heligoland
(R. U.)
Rep. de
Danzig
Königsberg
Vilna
Minsk
Duc. de
Mecklenburgo
Hamburgo
REINO DE PRUSIA
Amsterdam
HOLANDA
REINO DE
Hannover
WESTFALIA
Berlín
Varsovia
GRAN DUCADO
DE VARSOVIA
R. DE
SAJONIA
Kiev
Poltava
UCRANIA
Breslau
Cracovia
Praga
BOHEMIA
Lemberg
Rostov
REINO
DE BAVIERA
Munich
Salzburgo
Viena
IMPERIO AUSTRIACO
Budapest
HUNGRIA
BESARABIA
(Rus. 1812)
MOLDAVIA
SUIZA
CRIMEA
Turín
Milán
REINO
DE
ITALIA
Venecia
PROVINCIAS ILIARIAS
PIAMONTE
Génova
Belgrado
VALAQUIA
(Ocup. rusa. 1806-12)
MAR
NEGRO
BOSNIA
Sarajevo
Florencia
Sínope
CORCEGA
MAR ADRIATICO
MONTENEGRO
BULGARIA
Adrianópolis
Roma
IMPERIO
Estambul
REINO DE
NAPOLES
Nápoles
Angora
REINO DE
CERDEÑA
Tarento
MACEDONIA
MAR
ANATOLIA
OTOMANO
Cagliari
CORFU
(Fr.)
ISLAS
JONICAS
(Ocup. brit.)
Esmirna
Atenas
MOREA
EGEO
Alepo
Bona
REINO DE
SICILIA
Túnez
CHIPRE
SIRIA
MALTA
(R. U.)
TUNICIA
CRETA
Damasco
MEDITERRANEO
Jerusalén
Trípoli
Alejandría
CIRENAICA
TRIPOLITANIA
El Cairo
EGIPTO
G. LLORENTE

seado los rusos. De este modo, a finales de diciembre de 1810, Rusia reinició parcialmente el comercio con los ingleses a la vez que prohibió la entrada en el país de productos franceses, lo que precipitó una crisis industrial que había comenzado a manifestarse en Francia. Así se llegó finalmente al ultimátum que le envió Alejandro I a Napoleón el 27 de abril de 1812, al que siguió la declaración de guerra el 22 de junio del mismo año.

Alejandro I contó con la ayuda de los ingleses y de Suecia. Napoleón con la del emperador de Austria y el rey de Prusia. Pero, al igual que sucediera con la quinta coalición, en que Rusia, aliada entonces de Napoleón, le hizo saber a Francisco de Austria que, cumpliría con el expediente, ahora fue el emperador de Austria el que actuó de forma recíproca con el zar de Rusia.

La campaña de Rusia duró seis meses, desde el 24 de junio al 16 de diciembre de 1812. El ejército de Napoleón, compuesto por 350.000 hombres, lo integraban soldados procedentes de todos los países de Europa central y occidental, por lo que los rusos lo denominaron *el ejército de las veinte naciones*. Alejandro I reunió a 300.000 hombres, de los que 80.000 eran cosacos.

Por sus características, la campaña de Rusia entra más en el concepto de guerra nacional y de guerrillas, al estilo de lo que sucedió en España, que a las normas seguidas en el desarrollo de las otras campañas en Austria y Alemania o Italia. Esta guerra, por tierras extremadamente frías, era el reverso de la campaña de Egipto, con una guerra en medio del desierto y de las privaciones producidas por la escasez del agua. Los resultados fueron los mismos: el desastre provocado por la distancia de Francia y por la lucha contra el clima. La diferencia es que la campaña de Egipto está en el comienzo de su fulgurante carrera militar, y la de Rusia cuando Francia y sus aliados están agotados, faltos de recursos, dominados por la fatiga y el cansancio de un Imperio sin horizontes y sumergidos en el espectro de la guerra permanente.

La táctica usada por el zar de Rusia era la de provocar la persecución por parte de los franceses y evitar las grandes batallas, en las que sabía que Napoleón resultaría vencedor con toda probabilidad. Después de atravesar el Niemen y recorrido cien kilómetros, al llegar a Vilna las tropas francesas ya carecían de pan, habiendo transcurrido sólo cinco días desde el comienzo de la invasión. Los caballos fallecían en gran número y se temía el riesgo de tener que abandonar la mitad de la artillería; y, además, tanto por enfermedad como por deserción, 50.000 hombres habían desaparecido. Y todo esto sin haber salido de Lituania, considerada tierra polaca y afecta a los franceses. Al entrar en territorio auténticamente ruso la situación empeoró: los campesinos consideraron guerra santa enfrentarse al emperador de Francia, por lo que enterraban sus alimentos, quemaban sus casas y dejaban un desierto ante Napoleón. La batalla de Smolensko quería utilizarla Bonaparte para abatir a los rusos, pero éstos huyeron hacia el interior del país. A los seis días de marcha Napoleón llegó a Moscú sin haberse enfrentado realmente con los rusos.



Napoleón Bonaparte (por Horace Vernet; Museo del Louvre, París). El mariscal Ney dirige la retirada de Rusia de uno de los cuerpos de Ejército que participó en la expedición napoleónica (por Ivon, Palacio de las Tullerías)

Solamente en Moskova, a 150 kilómetros de Moscú, al sur del Borodino, se produjo un enfrentamiento entre Napoleón y el generalísimo de los ejércitos rusos, Kutusov. Fue una victoria del francés que no desmoralizó a los rusos, ni impidió nada. Aunque ocupó la ciudad de Moscú el 14 de septiembre, al día siguiente comenzaba el incendio de la urbe, que duró cuatro días (14). Ni Napoleón quiso abandonar Moscú, ni el zar admitía ningún tipo de negociación. Solamente la llegada de los primeros hielos, el agotamiento de los recursos y la conciencia del impresionante desastre que suponía permanecer en Rusia, sin ningún resultado positivo, decidieron a Napoleón a abandonar este país e iniciar la retirada el 18 de octubre de 1812. Intentó avanzar por el sur,



pero Kutusov le detuvo en Malojaroslavets, por lo que tomó el camino de Smolensko. La retirada duró cerca de mes y medio y constituyó uno de los episodios más terribles de las guerras napoleónicas. El heroísmo de los soldados franceses todavía impidió el desastre del Beresina. El 16 de diciembre, los restos de las tropas francesas atravesaban el Niemen en Kovno. En una de las últimas noches, durante la retirada, el frío mató a 12.000 hombres de una división compuesta por 150.000 soldados. De los 290.000 hombres que Napoleón había conducido a Rusia quedaban al final de la campaña 40.000 soldados.

Séptima Coalición

Se presentaba tras el desastre de Rusia la gran oportunidad para los aliados de acabar con Napoleón. Austria, que había estado oficialmente al lado del emperador, le ofreció su mediación. Sólo sirvió para que participara en la preparación de la nueva coalición integrada por Rusia, Inglaterra y Prusia.

De aquella Francia sin recursos, todavía pudo obtener Napoleón un ejército compuesto por 300.000 soldados, la mayor parte jóvenes de dieciocho años. La campaña de 1813 se desarrolló en Sajonia, Brandeburgo y Silesia. Durante la primavera todavía logró Napoleón dos victorias, en Lutzen y Bautzen. Se iniciaron conversaciones en Praga, sin ningún resultado, en las que tuvo principal papel el canciller austriaco Metternich. Pero en el otoño sufrió Napoleón la derrota de Leipzig que obligó a los franceses a retirarse a la otra orilla del Rhin.

La batalla de Leipzig, denominada por los alemanes *la batalla de las naciones,* supuso el fin de la dominación francesa en Alemania y la destrucción de la Confederación del Rhin. Perdió también España.

Confiaba Napoleón en una tregua y en que los aliados no continuaran las hostilidades durante el invierno de 1813-14, lo que le permitiría prepararse para evitar la invasión de Francia. Reunidos los aliados en Frankfurt decidieron cruzar el Rhin e internarse en territorio francés (15), lo que hicieron durante los días del 21 de diciembre de 1813 al 1 de enero de 1814. Napoleón no podía comparar sus recursos con los de los aliados (80.000 hombres frente a 250.000), por lo que dijo entonces que *necesitaba calzarse las botas de general del ejército de Italia.* Los aliados, que pensaban entrar en París en pocos días, tardaron más de dos meses en llegar.

Napoleón realizó tales actos de valor y de capacidad para aprovechar los últimos recursos de Francia que mantuvo en vilo a los aliados. Le ayudaron los jóvenes soldados y el pueblo francés, en el que se despertó un sentimiento nacional contra los atropellos cometidos por las tropas aliadas en su territorio.

Las traiciones de Talleyrand, numerosas y

El adiós de Fontainebleau, 20 de abril de 1814



Napoleón retorna a Francia desde su destierro a la isla de Elba, 1 de marzo de 1815 (xilografía de Epinal)

eficaces, la acción de los partidarios de la restauración borbónica, con la colaboración del zar de Rusia, permitieron que aquél convocase el Senado, que eligió un gobierno provisional, cuyo jefe fue precisamente Talleyrand, quien quería evitar que se designase a un miembro de la familia Bonaparte, y naturalmente al hijo de Napoleón, el rey de Roma.

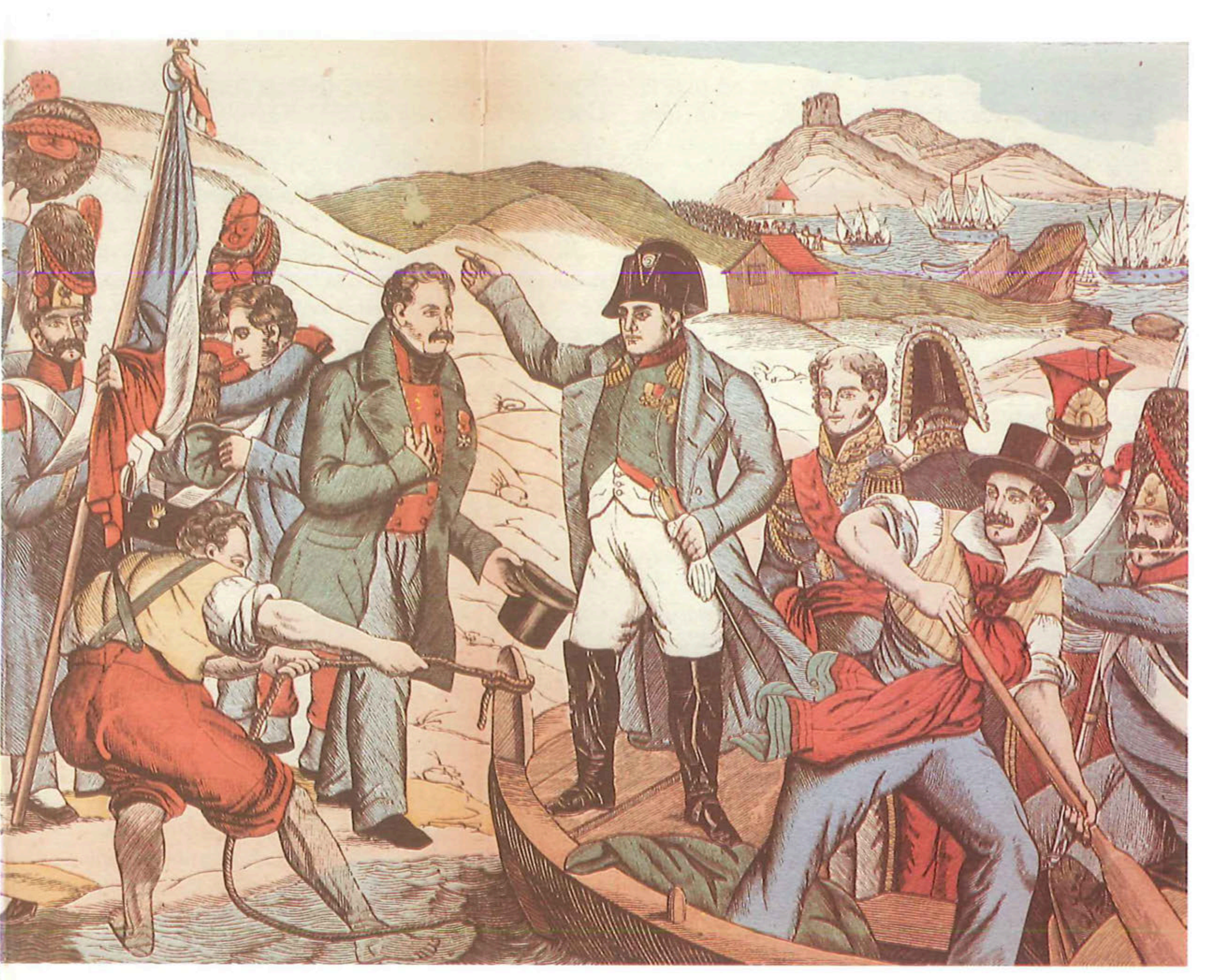
Mientras esto sucedía en París el 1 de abril, el día 4 en Fontainebleau los mariscales conseguían que Napoleón abdicase en favor de su hijo. Pero la traición del mariscal Marmont, duque de Ragusa, precipitó los acontecimientos y Napoleón abdicó sin condiciones el 6 de abril. Se le conservaba el título de emperador y la soberanía de la isla de Elba. Se le concedía una pensión anual de dos millones de francos pagados por el Gobierno francés. El 28 de abril embarcaba Napoleón en Frejus a bordo de una fragata inglesa, la *Undaunted*.

Luis XVIII era proclamado rey de Francia el mismo día 6, en que abdicó Napoleón.

Para regular la paz, una vez desaparecido el Imperio napoleónico, se reunió en abril una Asamblea que estableció las condiciones que figuraron en el primer tratado de París, firmado el 30 de mayo de 1814; por él Francia volvía a sus fronteras de 1792. Otros aspectos del mapa de Europa engrandecían a Austria, Inglaterra y Rusia. Las ambiciones desatadas de aquellas y otras naciones vencedoras de Napoleón hicieron decir al canciller austriaco Metternich que *él no quería abatir a Napoleón, solamente quería cortarle las alas*. El mismo Alejandro I de Rusia, que rindió visita de cortesía y mantuvo conversaciones con Josefina de Beauharnais en París, estaba convencido de que con la ausencia de Napoleón había desaparecido de Europa el único hombre con el que él consideraba que podía medirse.

Los cien días

Mientras las potencias, reunidas en el Congreso de Viena, trataban de preparar políticamente el nuevo orden europeo, Napoleón organizaba su vida en la isla mediterránea de



Elba. El trayecto recorrido desde Fontainebleau hasta Frejus no resultó precisamente una página de gloria, sobre todo durante el viaje a través de Provenza —lugar fiel a los realistas—, en donde es insultado, en Aviñón, y amenazado en Aix.

El relato del conde prusiano Waldburg-Trucheess, uno de los cuatro representantes que le acompañan en este viaje, está lleno de detalles interesantes sobre el horror que Napoleón sentía hacia esta muchedumbre, sentimiento que de hecho ya había manifestado en otras ocasiones de su vida.

Llega a Portoferraio el 3 de mayo, es recibido por las autoridades de la isla el día 4 y desembarca para hacerse cargo de su nuevo pequeño reino.

Con la presencia de Napoleón todo cambia en la isla y conoce una transformación inesperada en los diez meses que permanece en ella. Se abren carreteras, se reorganizan las salinas, se hacen plantaciones de viñedos, se desarrolla la industria de la seda, se organizan los servicios de aduanas. Napoleón recorre la isla a caballo y todo lo inspecciona. Prepara su residencia en la Palazzini dei Mulini y espera en vano la visita de la emperatriz María Luisa y de su hijo. Nunca intentó ir a verle. Las únicas visitas que recibe son las de su madre, su hermana Paulina y, en secreto, María Walewska con el hijo de ambos. Con ella transcurre su estancia en la isla en una residencia que Napoleón se había hecho construir en un magnífico lugar, no lejos de Portoferraio, la villa de San Martino. Y tenía, además, un refugio en un aislado lugar camino del monte Capanna. Organiza su corte, que podría parecer ridícula si no se tratase de Napoleón; tiene un pequeño ejército de 1.200 hombres y una reducida flotilla de cinco naves. Pese a todo, los aliados temen a Napoleón y algunos lo consideran peligroso en la isla de Elba por su proximidad a Europa. De esta opinión son Talleyrand y Metternich. Se rumorea, por primera vez, la isla de Santa Elena en el Atlántico.

Estas opiniones llegan a conocimiento de Napoleón y son uno de los motivos que lo im-

pulsan a abandonar Elba. A lo que se une el temor que siente de ser asesinado —en lo que no estaba lejos de la realidad— y también el que Francia no cumple su compromiso de abonarle las cantidades señaladas. Los Borbones, por lo demás, no están en Francia a la altura de las circunstancias.

Todo aconseja a Napoleón el regreso a Francia, retorno que prepara cuidadosamente. El 25 de febrero confía a su madre su plan y madame Letizia lo aprueba; considera que su hijo no debe permanecer en Elba ni terminar de ese modo su vida de general y de emperador.

El 26 de febrero de 1815 Napoleón embarca en el *Inconstant* y seguido de otras pequeñas naves toma el camino de Francia.

Comienza así la aventura de los cien días. Desembarcó Napoleón cerca de Cannes, en golfo Suan, el 1 de marzo y avanza por los Alpes y el Delfinado para evitar la Provenza, tan monárquica. El 7 llega a Grenoble. Se hace realidad lo que en Elba Napoleón ha hecho estampar en una de sus proclamas: *El águila, con los colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta las torres de Notre Dame.*

Es en Grenoble donde se produce el gran episodio que dará fuerza y posibilidad a la presencia de Napoleón. El general Marchand, que mandaba las fuerzas de guarnición en dicha localidad, había jurado dar el golpe de gracia al *bandido corso.* Cerca de la localidad de Laffray se enfrentan las tropas de Marchand con los granaderos de Napoleón procedentes de Elba. Napoleón avanza solo y se sitúa a la distancia de un tiro de pistola y grita: *Soldados del 5.°, ¿me reconocéis?* El ayudante de campo de Marchand grita: *¡Ahí le tenéis, fuego!* Pero nadie se mueve. Napoleón continúa: *Si alguno de vosotros quiere matar a su emperador ahora puede hacerlo. Vengo a exponerme a vuestros disparos.* La respuesta es: *¡Viva el emperador!* Lo mismo le sucede a Ney. El camino a París está abierto.

Comienza su segundo gobierno en Francia. El *Moniteur* da así la noticia: *El rey, los príncipes se han marchado esta noche. Su majestad el emperador ha llegado esta tarde.* Es así de sencillo, porque así lo entiende el pueblo francés. Sucede el 20 de marzo (16).

Los aliados, en Viena, han declarado a Napoleón fuera de la ley y se han comprometido a combatirlo hasta *hacer imposible cualquier tentativa para apoderarse del poder en Francia y amenazar la seguridad europea.*

Por su parte, Napoleón, convencido de que Francia espera de él un gobierno como el del Consulado, solicita la colaboración de su enemigo Benjamín Constant que le redacta el Acta Adicional del 22 de abril de 1815, que es una nueva constitución algo menos imperial que la del Año XII.

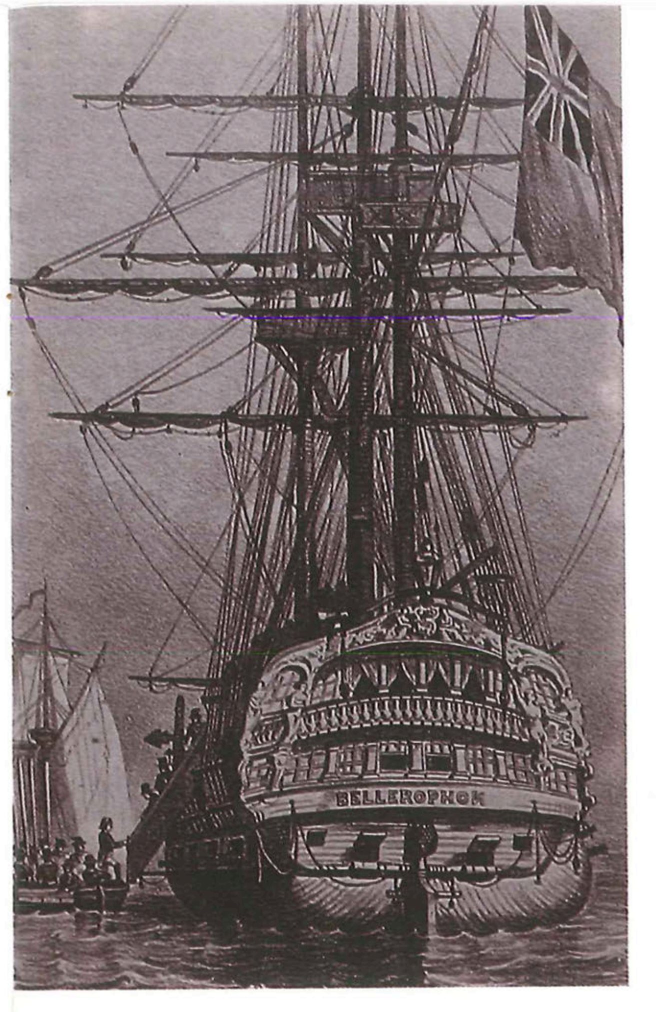
No es el gobierno civil de Francia lo que va a ocupar los días de Napoleón, sino la guerra. La partida definitiva va a jugarla Napoleón sobre el escenario de otra batalla, esta vez la de Waterloo, que tendrá lugar el 18 de junio de 1815 y que supone, con la derrota, el fin de su *gobierno de los cien días.*

El gobierno provisional de Fouché

Vuelve Napoleón a París, e intenta, ayudado por su hermano Luciano, que regresa a su lado en estos difíciles momentos, que el Parlamento sea disuelto. Desde lo alto de su tribuna La Fayette exclama: *Yo veo solamente a un hombre que se interpone entre nosotros y la paz.* Napoleón pretende poderes dictatoriales para hacer frente al enemigo, puesto que ha logrado reunir un ejército de 300.000 hombres. Al fin, por la presión del Parlamento, se ve forzado a abdicar y es su hermano Luciano, el que tanto le ayudó el 18 Brumario, quien redacta el acta de renuncia en favor de su hijo Napoleón II. Esta vez se ha vuelto a constituir un gobierno provisional que preside Fouché. Extraño destino el de Napoleón y el de Francia, el ver a la cabeza de los dos gobiernos provisionales que se han formado en Francia a los dos colaboradores más constantes de Napoleón: Talleyrand, su ex ministro de Asuntos Exteriores, y Fouché, su ex ministro de Interior, los dos al servicio de los Borbones, después de haber votado la muerte de Luis XVI (17).

Napoleón espera en la Malmaison el fin de su vida en Francia. En dicha residencia ha fallecido, el 29 de mayo de 1814, Josefina, la emperatriz. A su lado sólo tiene a sus hermanos Luciano y José, Hortensia Beauharnais y a sus fieles Lavalette y Caulaincourt. El 15 de julio, a bordo del *Bellerophon,* que abandona el 4 de agosto para embarcarse en el *Northumberland,* Napoleón no tiene ya más que una situación, la del exilio, y un destino, la isla de Santa Elena, adonde llega después de tres meses de navegación, el 17 de octubre de 1815.

Allí, en aquel perdido lugar del Atlántico vivirá Napoleón para poder ordenar sus recuerdos, meditar sobre su vida como emperador,



Embarque de Napoleón en el buque Bellerophon, *que le conducirá a Santa Elena (grabado de Serra, siglo* XIX*)*

pensar en sus errores, contemplar las traiciones de aquellos a quienes nadie hubiera conocido ni dado un lugar en la historia si no hubieran estado su servicio. Todos han sido más grandes de lo que eran en realidad por el solo hecho de haber pertenecido a aquel Imperio, cuidadosamente soñado por Napoleón y realizado con más viveza que prudencia. Napoleón se veía acosado por la prisa, por una nueva dinámica en los acontecimientos que marca su existencia. Es imposible imaginar cómo en diez años se haya podido acumular tanto poder personal y ocupado tantos territorios, recorridos una y otra vez, a pie y a caballo, por un hombre seguido de miles de soldados con una fe ciega en su destino.

Al igual que le ha sucedido en los días del Imperio, Napoleón en Santa Elena vive solo. Sólo dos miembros de su familia han intentado llegar hasta allí, su madre y su hermana Paulina, sin conseguirlo. Le acompañan tres oficiales con sus familias, un médico y una docena de criados. La localidad en donde vive se llama Longwood, a 500 metros del mar, batida por los vientos. La situación se hace insostenible para quienes viven con él; un día, parte la condesa de Montholon con sus hijos y, otro día, Las Cases con su hijo y hasta Gourgaud. El gobernador inglés, sir Hudson Lowe, no alivia precisamente los días de Napoleón en Santa Elena.

El fin de su vida llega el 5 de mayo de 1821. Sus últimas palabras son *Mi hijo...* y *Francia, cabeza de ejército*. Solamente en 1840 volverán sus cenizas a Francia para ser depositadas en el Museo de los Inválidos en París (18).

Inscrito en el mármol de su tumba, el testamento de Napoleón expresa su voluntad: *Deseo que mis cenizas reposen junto a las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto he amado.*

NOTAS

(1) Fouché, comisario en misión en Lyon, en donde se había distinguido por sus matanzas, exclamó al conocer la noticia: *No tenemos mejor manera de celebrar la victoria que ejecutar esta tarde a 213 rebeldes.* Sorprende la exactitud de la cifra.

(2) La personalidad de Mehemet Alí surgió de la educación militar establecida por el ejército de Napoleón.

(3) Entre el grupo de científicos y hombres de letras figuran: De Venture, orientalista; Balzac, arquitecto; Bertholet, químico; Denon y Duterre, artistas; Monge, matemático y químico; Say, economista y matemático; Fourier, matemático; Saint Hilaire, zoólogo; Dolomieu, geólogo; Conté, aerotécnico y mecánico; Malus, naturalista; Larrey, cirujano; Desgenettes, médico.

(4) Junot, en Egipto, le hizo conocer a Napoleón las traiciones amorosas de que era objeto en París por parte de Josefina. Napoleón le agradeció la confidencia, pero no se la perdonó, y fue el único general de sus primeros compañeros de armas al que, mereciendo el bastón de mariscal de Francia, no se lo concedió.

(5) El Código Civil, también denominado *Código Napoleón,* comprendía el conjunto de leyes que regulan las relaciones entre los ciudadanos dentro de la nueva sociedad surgida con la Revolución. Ordenada su redacción en 1790, por la Asamblea Constituyente, continuada la obra durante la convencióin, se habían preparado diversos proyectos que no se llevaron a término. En 1800 Napoleón instituyó una Comisión de cinco miembros que, en un período de cuatro meses, estableció un proyecto nuevo que, inspirado tanto en el derecho romano y las ordenanzas reales como en las leyes revolucionarias, fue terminado en marzo de 1804.

(6) Sainte-Beuve, *Madame de Remusat*, Oeuvres, vol. II, colec. Pleiade, París, 1959, pág. 1.400.

(7) Beethoven le dedicó a Napoleón, para glorificar su actuación durante el Consulado, la Tercera Sinfonía, que denominó *Heroica*. Al proclamarse Napoleón emperador, exclamó: *Así pues no es más que un hombre vulgar*, y cambió la dedicatoria por esta otra, escrita en italiano: *Sinfonia eroica.. composta per festeggiarre il sovvenire di un grand Uomo.*

(8) Después de la firma de la paz de Amiens, los leales de Napoleón propusieron al Senado que se le conce-

diera una recompensa con carácter nacional. El senado le reeligió para un período de diez años. Sometido a referéndum, se le propuso al pueblo la siguiente pregunta: *¿Debe ser nombrado el Primer Cónsul con carácter vitalicio?.* La respuesta popular le concedió 3.600.000 votos afirmativos contra 9.000 negativos.

(9) Napoleón consideraba a Luis XIV como el más importante monarca de Francia. *El y yo,* —decía— *somos los únicos que contamos. Alguna vez llegó a tener 400.000 hombres en armas, un hombre así, no puede ser un hombre vulgar.*

(10) En 1803, siendo cónsul, Napoleón había hecho desaparecer un considerable número de pequeños Estados en Alemania, en particular todos los Estados eclesiásticos. De los 360 Estados, que la componían en 1792, subsistían solamente 82 en 1805, aunque más engrandecidos. Napoleón todavía la quiso simplificar más, alentado no solamente por sus ideas sino por las intenciones de algunos príncipes alemanes que le invitaban a convertirse en el regenerador de la constitución germánica. Para dar realidad a estos pensamientos quince príncipes de la Alemania del sur se separaron del Imperio de Alemania y constituyeron los Estados Confederados del Rhin, en julio de 1806. Reconocieron a Napoleón como Protector y éste invitó a Francisco II a que renunciase al título de emperador de Alemania, cosa que hizo en agosto de 1806, convirtiendose en Francisco I, emperador hereditario de Austria.

(11) Madelin, en su *Talleyrand* escribe lo siguiente: *Paquier había oído al príncipe de Benevento decir: «La corona de España ha pertenecido, después de Luis XIV, a la familia que reinaba en Francia, y no se han debido lamentar los tesoros y la sangre que ha costado la instauración de Felipe V, pues sólo ella ha asegurado la preponderancia de Francia en Europa. Es una de las famosas particiones de la herencia del gran Rey, y esta herencia debe recogerla el Emperador; no debe y no se puede ceder en absoluto ni una parte».* Por esta y otras razones se considera a Talleyrand instigador de la ocupación de España.

(12) Algunos estiman la batalla de Aspern, un suburbio de Viena, como la primera gran derrota de Napoleón. Pero las fechas son claras: Bailén, el 22 de julio de 1808, y Aspern, durante la quinta coalición, tuvo lugar el 21 y 22 de mayo de 1809.

(13) Hubo un momento en que Fouché, ante el permanente estado de guerra, le dijo a Napoleón: *Os conjuro en nombre de Francia, de vuestra gloria, de vuestra seguridad y de la nuestra: ¡Envainad la espada!*

(14) Es interesante la novela de Henry Troyat, *El Moscovita,* para seguir las incidencias de la presencia de los franceses en Rusia. Igualmente interesante es la lectura del relato de uno de sus soldados. Recuerdos de J. R. de Coignet, «Veinte años de gloria con el emperador», edición del Círculo de Amigos de la Historia.

(15) Los aliados le habían ofrecido una paz bastante razonable a Napoleón, que la aceptó, pero al mismo tiempo que realizaban esta oferta dirigían al pueblo de Francia una proclama diciendo que el emperador había rechazado la paz y se veían obligados a seguir la guerra.

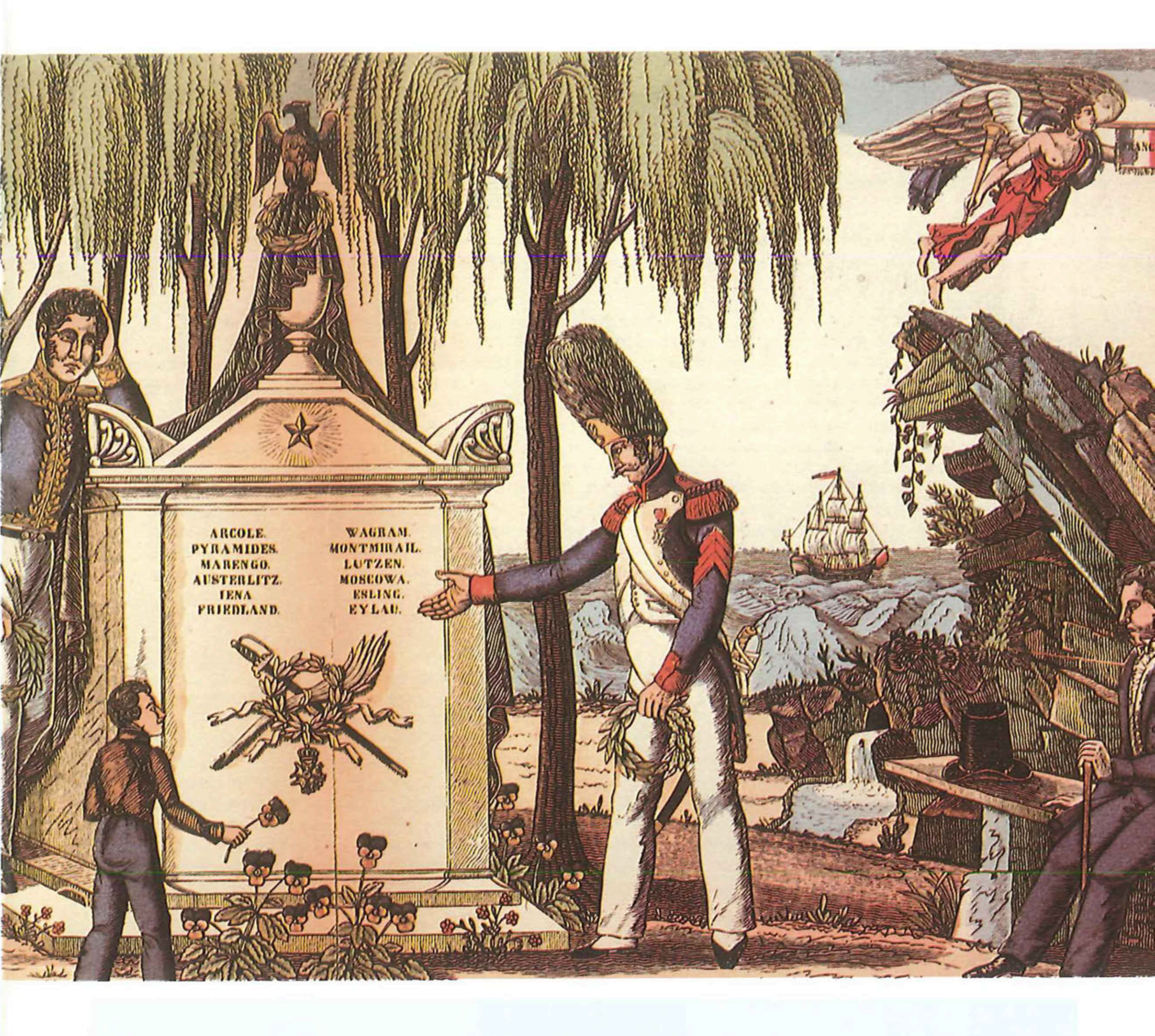
(16) *Le Moniteur* había ofrecido, en titulares, la película del desembarco de Napoleón: Desde *«El ogro de Córcega ha desembarcado en el golfo Jean»,* a *«El monstruo ha dormido en Grenoble»* y *«El tirano ha atravesado Lyon»* para decir *«Bonaparte avanza a pasos agigantados, pero no entrará jamás en París,* y llegar a *«Napoleón estará mañana ante nuestras murallas»* y *«El emperador ha llegado a Fontainebleu».*

(17) En cierta ocasión Napoleón le dijo a Fouché: *Me parece que vos sois uno de los que mandaron al cadalso a Luis XVI.* Fouché le contestó: *En efecto. Y ése es el primer servicio que os presté.*



Tumba de Napoleón en Santa Elena (grabado de Epinal, siglo XIX)

(18) Las hipótesis en torno a las verdaderas causas de la muerte del emperador son numerosas. Desde el asesinato por arsénico hasta la creencia de que el arsénico se desprendía de la pintura de las habitaciones ocupadas por Napoleón. Es lo cierto que el cáncer de estómago, diagnóstico oficial, se presta a diversas interpretaciones. En 1982 se publicó un libro, producto de una meticulosa investigación, que no solamente advertía del asesinato de Napoleón sino que buscaba entre sus acompañantes al asesino. El libro *The Murder of Napoleon,* escrito por Ben Weider, David Hapgood y otros, y publicado por Congdon, en Nueva York, es un gran alegato en defensa de Napoleón. Dos profesores, uno de la Universidad de Newcastle, David Jones, y otro de la Universidad de Glasgow, Kenneth Ledingham, confirman lo del arsénico. Todavía queda una nueva teoría, la del profesor Robert Greenblatt, quien sostiene que Napoleón sufría un proceso de cambio de sexo, proceso conocido por el *síndrome Zolinger-Ellison.* Tal cúmulo de opiniones, en fechas tan recientes, ponen de manifiesto la poderosa y todavía atractiva, y a la vez insólita, personalidad de Napoleón.



Bibliografía

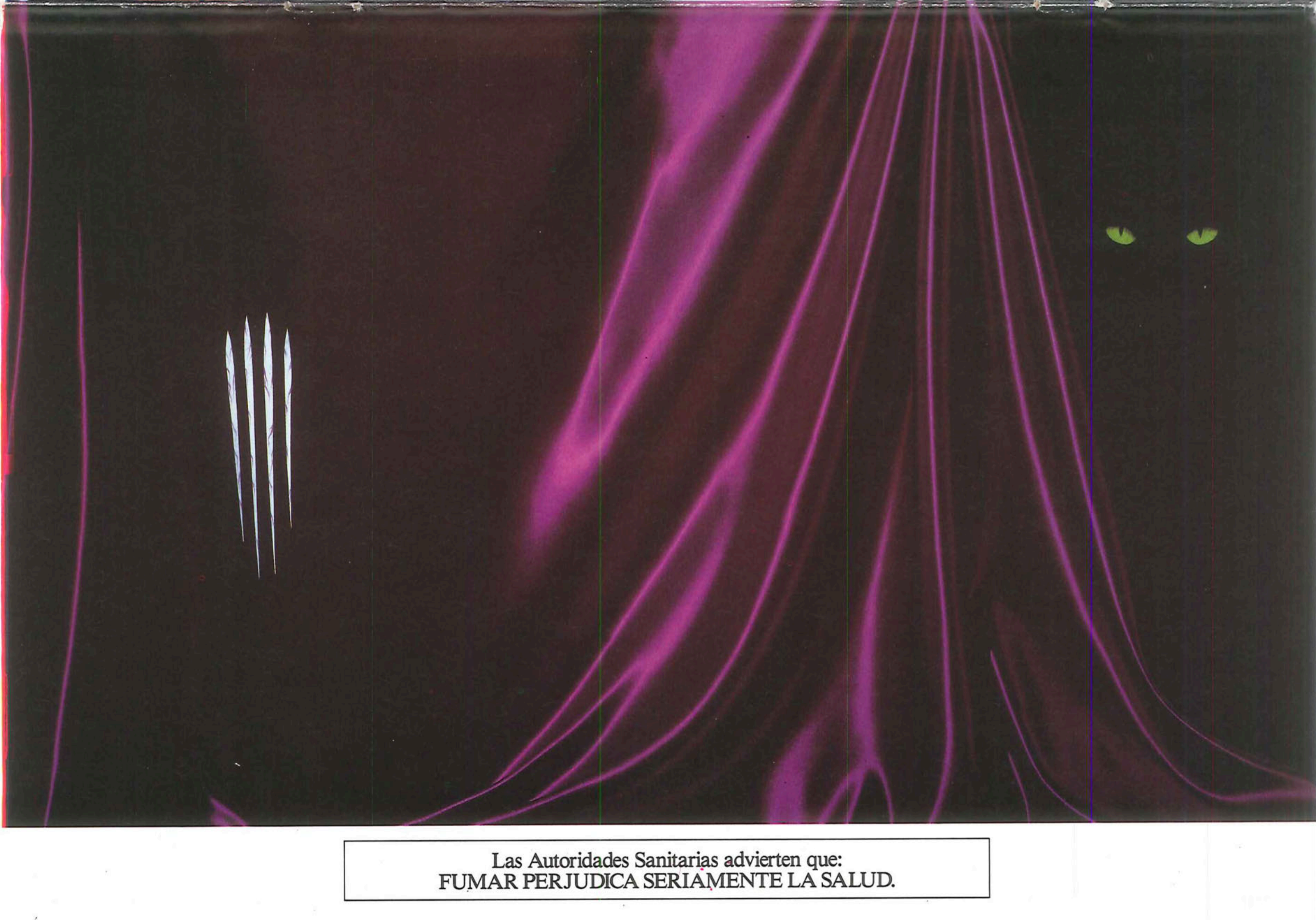
Aubry, O., *Napoleón y Josefina,* Barcelona, Iberia, 1943. Aubry, O., *Napoleón en Santa Elena,* Barcelona, Montaner y Simón, 1944. Bainville, J., *Napoleón,* París, 1931. Belloc, H., *Napoleón,* Buenos Aires, Sudamérica, 1944. Bertaud, J. P., *Les origines de la Revolution Française,* París, P.U.F., 1971. Gastelot, A., *Napoleón Bonaparte,* Madrid, Espasa Calpe, 1976 (2 vols.). Driault, E., *Napoleón et l'Europe,* París, 1910-1927 (5 vols.). Fugier, A., *La Revolución francesa y el Imperio napoleónico,* en Renouvin, P., *Historia de las relaciones internacionales,* Madrid, Aguilar, 1967. Gerard, A., *Mitos de la Revolución francesa,* Barcelona, Península, 1973. Godechit, *Las revoluciones,* Barcelona, Labor, 1969. Godechot, *Los orígenes de la Revolución francesa,* Barcelona, Península, 1974. Lefevre, G., *La Revolución francesa y el Imperio,* México, F.C.E., 1973. Lenotre, G., *En suivant l'Empereur,* París, Grasset, 1953. Masson, F., *Napoleón y las mujeres,* Madrid, Centauro, 1944. Merejkovski, D., *El misterio de Alejandro I,* Madrid, Espasa Calpe, 1958. Merejkovski, D., *El fin de Alejandro I,* Madrid, Espasa Calpe, 1958. Mornet, D., *Los orígenes intelectuales de la Revolución francesa,* Buenos Aires, Paidós, 1969. Rudé, G., *Europa en el siglo XVIII,* Madrid, Alianza, 1978. Soboul, A., *La Revolución francesa,* Madrid, Sarpe, 1984. Soria, G., *Grande Histoire de la Révolution Française,* París, Bordas, 1988. Teixeira de Pascoaes, *Napoleón,* Barcelona, Apolo, 1946. Tulard, J., *Dictionnaire de Napoleon,* París, 1988.

CUADERNOS historia 16

historia 16

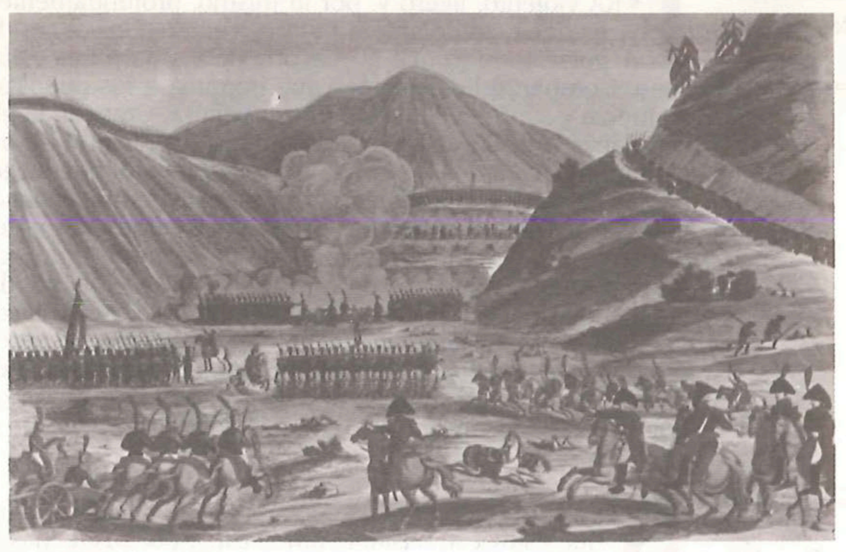
INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-096-1. Tomo 15.
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.


Las Autoridades Sanitarias advierten que:
FUMAR PERJUDICA SERIAMENTE LA SALUD.



Esta Navidad descubra un Año Nuevo.



Caballería y artillería, cuerpos claves en las victorias de Napoleón Bonaparte

Napoleón Bonaparte (1)

Textos

CUADERNOS
historia 16

El carácter del emperador

ERA violento, ligero y, por lo mismo, profundamente humano, es decir, semejante a todo el mundo. Quiso, con fuerza singular, todo lo que la mayoría de los hombres estiman y desean. Compartió las ilusiones que imponía a los pueblos. Esta fue su fuerza y su debilidad: ésta fue su belleza. Creía en la gloria. Pensaba acerca de la vida y el mundo casi lo mismo que uno de sus granaderos. Guardó siempre la gravedad infantil que se goza en los juegos de sables y tambores, y una especie de inocencia característica de los buenos militares. Estimaba sinceramente la fuerza. Fue el hombre de los hombres, la carne de la carne humana. No tuvo un pensamiento que no se transformara en acción, y todas sus acciones fueron gigantescas y comunes. La grandeza vulgar es la que crea los héroes, y Napoleón es el héroe perfecto. Su cerebro no se remontó más de donde alcanzaba su mano. Aquella mano pequeña y fina que barrió el mundo, ni por un momento se preocupó de lo que no podía alcanzar. *(ANATOLE FRANCE, «La azucena roja».)*

Mme. de Staël opina sobre Napoleón

BONAPARTE en aquella época no tenía ningún poder; se temía que estuviese bastante amenazado por sospechas procedentes del Directorio, por lo que el temor que inspiraba se debía únicamente al singular efecto que él producía sobre casi todos aquellos que se le aproximaban. Yo había conocido hombres dignos del máximo respeto, había visto hombres feroces. En Bonaparte no había nada que me recordase ni a unos ni a otros. Su carácter no podía ser definido con las palabras que usamos habitualmente. No era ni bueno, ni violento, ni dulce, ni cruel como los otros hombres. Un ser que no tenía iguales no podía tener ni inspirar ninguna simpatía, no era ni más ni menos que un hombre. *(De BURNAT, DUMONT y VANTY (recs.), «Le dossier Napoleon».)*

La opinión de Chateaubriand

BONAPARTE es un falso gran hombre. Le falta la magnanimidad que hace a los héroes y a los verdaderos reyes... Su cerebro, aunque vasto, es imperio de tinieblas y confusión... Tiene algo de histrión y de comediante... Lo representa todo, hasta las pasiones que no posee... Trata siempre de decir aquello que cree ser una gran frase, o hacer lo que presume ser una gran cosa... Bajo la máscara de César y de Alejandro, se advierte, sin embargo, al hombre sin importancia, al hijo de una familia pobre. Desprecia soberanamente a los hombres porque los juzga a su semejanza. *(CHATEAUBRIAND, «Sobre los Buonaparte y los Borbones».)*

Napoleón, como hombre de Estado

BONAPARTE era un poeta en acción, un genio inmenso en la guerra, un espíritu infatigable, hábil y sensato en la administración, un legislador laborioso y razonable. Es por lo que ha llegado tan profundamente a la imaginación de los pueblos y ejercido tanta autoridad sobre el juicio de los hombres positivos. Pero como político siempre será un hombre defectuoso a los ojos de los hombres de Estado. Esta observación, que escapa a la mayor parte de sus panegiristas, llegará a ser, estoy convencido de ello, la opinión definitiva que quedará de él; es la que explica el contraste entre sus acciones prodigiosas y sus miserables resultados.

La vida de Napoleón es una verdad incontestable, que la impostura se ha encargado de escribir. *(CHATEAUBRIAND, «Memorias de ultratumba».)*

Chaptal, conde de Chateloup, describe al emperador

NAPOLEON tenía una complexión física y moral que no se parecía a la de ningún otro gran personaje conocido. De talla pequeña, fisonomía expresiva, cuerpo sano, extrema audacia. Su espíritu y su cuerpo eran inagotables ante la fatiga. Se le ha visto permanecer doce y catorce horas a caballo sin experimentar ninguna necesidad. El contaba con complacencia que se había batido durante cinco días consecutivos contra el general Alvinzy sin quitarse las botas ni cerrar los ojos y que cuando le hubo obligado a retirarse y ordenado los preparativos para perseguirle, durmió durante treinta y seis horas.

....

Napoleón era destructor por costumbre y por carácter. En la sala del Consejo y en medio de una deliberación, se le veía con un cortaplumas o un raspador en la mano destrozar el brazo de su sillón y hacer cortes profundos. Se ocupaban sin cesar en cambiar las piezas de este sillón que sabían perfectamente lo volvería a destrozar al día siguiente. Para variar, dentro de los deleites de este estilo, cogía una pluma y cubría con grandes trazos de tinta todas las hojas de papel que tenía ante sí. Cuando estaban completamente sucias las estrujaba con la mano y las echaba al suelo.

Cuando se le presentaba alguna obra de escultura delicada, raramente salía de sus manos sin quedar mutilada.

Si acariciaba a un niño le pellizcaba hasta hacerle llorar. En la Malmaison tenía una carabina en su habitación con la que disparaba constantemente, desde la ventana, contra los pájaros exóticos que Josefina cuidaba en el parque.

El maligno genio de la destrucción le dominaba hasta el punto que cuando entraba en el invernadero de la Malmaison jamás salía sin haber arrancado algunas de las plantas delicadas que allí se cultivaban.

La administración de su casa era un modelo de orden y de economía. Celebraba una vez por semana una reunión con los jefes de abastecimiento. Allí liquidaba las cuentas, abría créditos, se hacía presentar las cuentas con toda exactitud y por separado de todos los gastos, ventas y compras y no se consumía un artículo, ni en la cocina ni en las caballerizas, ni en sus apartamentos, del que no conociese el precio. Se divertía muchas veces en preguntar a sus cortesanos el precio de algunos artículos de consumo y se complacía en hacerles observar que él los compraba a mejor precio.

Un día en que yo entraba en su gabinete, me dijo muy divertido que acababa de ganar de sus gastos 35.000 francos por año. Le pregunté de dónde hacía estas economías:

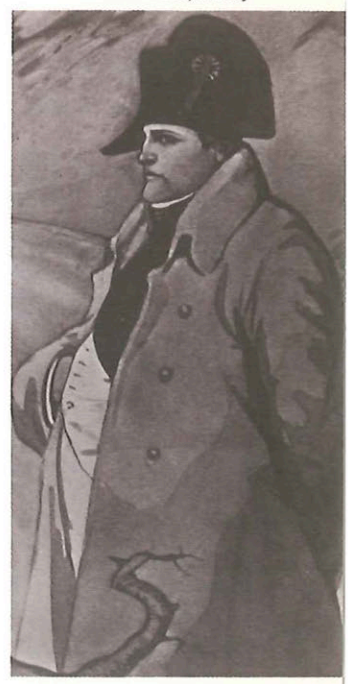
«Del café —me respondió—. Aquí se consumían 155 tazas de café al día, cada taza me costaba 20 centavos, lo que hace 56.575 francos por año (el azúcar costaba entonces 4 francos y el café 5 francos la libra). He suprimido el café y concedido 7 francos y 6 centavos como indemnización. Pagaré 21.164 francos y me ahorraré 35.000 francos.»

....

Napoleón no tenía ninguna instrucción. Los autores griegos y latinos le eran casi desconocidos. Había leído rápidamente a algunos historiadores y retenido algunos hechos: se había formado una opinión muy rápida de todo; y las autoridades más respetables, la aprobación unánime de los siglos, no influían en él para hacerle cambiar de ideas.

Josefina era su lectora habitual. Jamás viajaban juntos sin que se incluyesen en su equipaje todos los libros recién publicados, que Jo-

Napoleón Bonaparte (dibujo de Echea, La Esfera, 1915)



sefina tenía la extraordinaria paciencia de leerle durante el camino. Madame de Genlis recibía una pensión de 6.000 francos para hacerle los extractos de todas las novelas y le redactaba un boletín semanal.

Napoleón se hacía traducir los periódicos ingleses todos los días por uno de sus secretarios. Al principio se le suprimían todas las diatribas que se publicaban contra él o su familia. Pero él lo quiso conocer y se le traducía con todo detalle y literalmente.

Napoleón no hablaba bien ninguna lengua. Su lengua materna era el corso, que es una jerga italiana, y cuando se expresaba en francés se percibía fácilmente que era un extranjero. *(De BURNAT, DUMONT y VANTY (recs.), «Le dossier Napoleon».)*

Recompensas otorgadas por Napoleón a los brumarianos

CARNOT recibió el grado de general, una pensión considerable y durante los Cien Días el título de conde y el cargo de ministro.

A Sièyes le dio 600 millones, el dominio de Crosne, una renta de 150 millones al año, una casa en la calle Saint-Dominique y 10 millones en muebles elegidos entre los pertenecientes al mobiliario nacional.

Cambacéres recibió cuanto quiso en títulos, honores y dinero.

Lebrun recibía varios millones al mes como salario, dominaba en los territorios ocupados y controlaba las cuentas del Tesoro público.

Gaudin, ministro de Finanzas, recibió un tratamiento semejante al de los ministros colaboradores del Brumario. Gran Cordón de la Legión de Honor, conde del Imperio, duque, recibía una gratificación anual de más de 30 millones. En una ocasión le solicitó al emperador permiso para pedir un empréstito de 60 millones para comprar un castillo y las tierras del mismo. Napoleón le dio 90 millones como prueba de satisfacción por sus servicios.

Mollien, ministro de Finanzas, recibía al añó una gratificación de 30 millones, lo que unido a otras recompensas elevaba sus ingresos en más de 100 millones al año.

Regnier, ministro de Justicia, recibe el titulo de conde del Imperio, senador, duque de Massa, ministro de Estado; le dio una casa particular en la calle Choiseul y también 100 millones al año.

Cretet, gobernador del Banco de Francia, conde del Imperio, ministro del Interior, conde de Champmol junto a dotaciones económicas.

Collin, director general de Aduanas, con 110 millones al año, tratamiento de ministro, Gran Oficial de la Legión de Honor y dignatario del Imperio. Al comienzo del Consulado compró el castillo de Sussy, por lo que añadió a su apellido este nombre y se hizo llamar Collin de Sussy.

Berthier, uno de los cómplices principales y el más beneficiado. Recibió los títulos de mariscal, duque, príncipe. Anualmente recibía 600 millones de francos. Le regaló el castillo de Grosbois —que le quitó a Barras— y le entregó también el castillo de Chambord.

A Clarke, que optó por Napoleón cuando el Directorio, le envió a Milán durante la primera campaña para que le observase, le hizo conde Hunebourg, duque de Feltre, Gran Cordón de la Legión de Honor, ministro de la Guerra y general, con más de 150 millones de francos al año.

El almirante Decres, conde y duque. Difícil de calcular su fortuna, dada su cuantía.

Dejean, general y ministro, recibía más de 15 millones al año.

Napoleón Bonaparte en el puerto de Arcole (por J. A. Gross, Museo de Versalles)



Laguee, ministro, general, consejero de Estado, gran Aguila de la Legión de Honor, cien millones al año.

Defermon, ministro, 90 millones al año.

Regnaud de Saint Jean d'Angely, hombre fiel a Napoleón. Consejero de Estado, secretario de Estado de la familia imperial, ministro de Estado, con siete u ocho cargos importantes. Le regaló una casa en París y un castillo en Seine et Oise. Recibía al mes 300.000 francos de los fondos reservados de la Policía.

Fouché, duque de Otranto, gracias a los impuestos sobre el juego, recibía 300 millones al año. Al término del Imperio su fortuna se calculaba en más seis mil millones de francos.

Champagny, ministro de Estado e intendente general de los dominios de la Corona, ministro de relaciones exteriores, con 30 millones de dotación al año además del sueldo.

Caulaincourt, aunque no haya sido hombre del Brumario, sí que ha sido cómplice en el asunto del asesinato del duque de Enghien. Gran Cordón de la Legión de Honor, general de división, con tratamiento excepcional durante el período imperial, con 90 millones al año junto a los 300 millones por año que le correspondían por su condición de embajador.

Savary, con emolumentos parecidos al del anterior, duque de Rovigo.

Montalivet, amigo de la infancia de Napoleón, con 90 millones al año. Tal vez el peor pagado. *(De BURNAT, DUMONT y VANTY (recs.), «Le dossier Napoleon».*

Admiración de Goethe por Napoleón

EL mariscal Lannes y el ministro Maret han tenido la amabilidad de hablar bien de mí.

El primero me conocía desde 1806.

A las doce del día estaba citado con el emperador.

Un rechoncho gentilhombre polaco anuncióme que debía esperar.

Retiróse la multitud.

Presentación a Savary y Talleyrand.

Me introducen.

En el mismo momento anuncian a Daru, que pasa acto seguido.

En vista de eso, titubeo.

Me llaman otra vez.

Paso.

El emperador está sentado a una gran mesa redonda, almorzando; a su derecha, a alguna distancia de la mesa, está en pie Talleyrand; a su izquierda, bastante cerca, Darc, con el que habla de cosas referentes a las contribuciones.

El emperador me indica por señas que me acerque.

Yo me mantengo en pie, a la debida distancia.

Luego me mira atentamente y me dice: *Vous êtes un homme.* Yo me inclino.

Pregunta:

—¿Qué edad tiene?

—Sesenta años.

—Se conserva usted muy bien... ¿Ha escrito usted tragedias?

Respondo lo pertinente.

Aquí toma la palabra Daru, que, para halagar algún tanto a los alemanes, a los que tanto daño ha tenido que hacer, ha adquirido nociones de literatura alemana, ya que en la latina sabe bien por dónde anda y hasta ha editado a Horacio.

Habla de mí como habrían podido hacerlo mecenas que yo hubiese tenido en Berlín; pero, cuando menos, reconozco en sus pa-

labras su criterio y modo de pensar. Añade luego que he hecho algunas traducciones del francés y, por más señas, la del *Mahoma*, de Voltaire.

El emperador replica: «No es ninguna obra buena», y pasa a poner de resalto lo impropio que resulta aquello de que el dominador del mundo se describa a sí mismo en términos tan desfavorables.

Hace luego recaer la conversación sobre el *Werther*, que parece haber estudiado a fondo. Después de distintas observaciones, absolutamente justas, señala cierto pasaje de la obra, y dice «¿Por qué hizo usted eso? Eso no es conforme a la Naturaleza», y pasa a demostrarlo de forma prolija y absolutamente atinada.

Escuchábale yo con alegre semblante y respondíle con una sonrisa de satisfacción que no sabía, a la verdad, que nadie me hubiera hecho ese reproche, pero que lo encontraba muy justo y confesaba que en el paso referido podía descubrirse algo inverosímil. «Sólo que —añadí— quizá se le pudiera perdonar al poeta el que se valga de un recurso difícil de descubrir para producir ciertos efectos, que no podría conseguir por vías sencillas y naturales.»

Pareció el emperador darse por satisfecho y, volviendo al drama, hizo a este respecto muy principales observaciones, como de quien ha examinado la escena trágica con la mayor atención, al modo de un fiscal, y advertido cuán desviado está el teatro francés de la Naturaleza y la verdad.

También veía con desagrado las obras fatalistas. Pertenecían a tiempos más oscuros. «¿A qué —decía— venirme ahora con el Destino? El Destino es la política.»

Volvióse luego otra vez a Daru y reanudó su conversación sobre las contribuciones. Retrájeme yo un tanto y vine a quedar precisamente junto al mirador donde por espacio de más de treinta años viviera y experimentara muchas alegres y turbias horas, y tuve para observar que a mi derecha, hacia la puerta de entrada, estaban en pie Berthier, Savary y no sé quién más; Talleyrand habíase retirado.

Anunciaron al mariscal Soult.

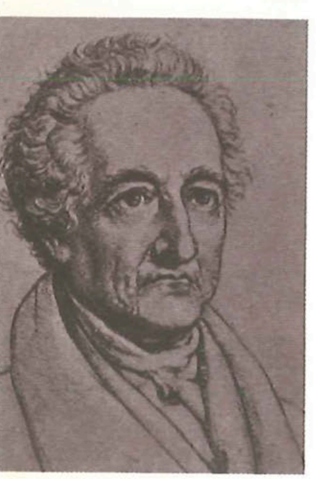
Entró aquel corpachón con una cabeza asaz poblada de pelambre, preguntóle el emperador en broma por ciertos sucesos desagradables ocurridos en Polonia, y yo tuve tiempo de esparcir la vista por la sala y recordar los pasados tiempos.

También aquí conservábanse aún los antiguos tapices.

Pero los retratos de las paredes habían desaparecido.

Aún seguía allí el retrato de la duquesa Amalia, en traje de baile, con un negro antifaz en la mano; todos los demás retratos de los gobernadores y demás miembros de la familia faltaban.

Levantóse el emperador, vínose a mí y, mediante una suerte de maniobra, separóme de todos los demás eslabones de la serie en que me encontraba.



Goethe

Volviéndoles a aquéllos la espalda y hablándome en voz queda, preguntóme si era casado y si tenía hijos y demás detalles personales que suelen despertar interés. También sobre mis relaciones con la casa principesca, por la duquesa Amalia, el príncipe, la princesa, etc., a todo lo cual respondíle con naturalidad. Pareció satisfecho, y se lo tradujo a su lengua, aunque de modo todavía más categórico que como yo me expresara.

A propósito de esto debo hacer notar en general que en el curso de nuestra conversación hubo de chocarme la diversidad de sus manifestaciones de aplauso, pues rara vez escuchaba sin moverse, sin menear pensativamente la cabeza o decir: *Oui* o *c'est bien* o algo por el estilo; así como tampoco debo olvidar que, después de decir algo, solía añadir: *Qu'en dit monsieur Göt?*

En esto preguntéle por señas al gentilhombre si podía pedir la venia para retirarme, a lo que él contestóme afirmativamente, y así sin más preámbulos, despedíme. *(GOETHE, «Autobiografía».)*

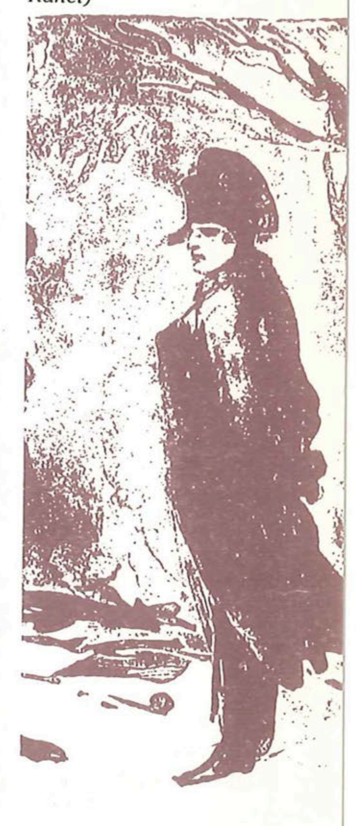
La escena de las Tullerías

EL 28 de enero se celebró un Consejo privado, al cual asistieron, con algunos ministros, los dignatarios presentes en París; Talleyrand estaba presente. A continuación de la sesión, una vez despachados los asuntos, el Emperador retuvo a Talleyrand, Cambacères, Lebrun y dos de los ministros: Degrelles y Fouché. Paseándose según su costumbre, con las manos a la espalda, se lamentó con quejas muy vivas de lo que había ocurrido mientras él estaba en España; pareció aludir a cada uno; no habló de las conferencias sospechosas de Fouché y Talleyrand, sino del trabajo de los jugadores en baja de la Bolsa para producir la caída de los fondos del Estado, de las «cuarenta bolas negras» del Cuerpo Legislativo contra el nuevo Código, de los bulos tendenciosos lanzados para quebrantar la confianza; en realidad se había dejado al público extraviarse y corromperse a la opinión. Algunos hombres a quien había honrado con su confianza habían descontado su muerte; aún habían hecho peor al entregarse a la crítica y dejar brotar las dudas. «Aquellos a quienes yo he convertido en grandes dignatarios o en ministros, cesan de ser libres de sus pensamientos y de sus expresiones —y añadió— no pueden ser si no órganos de las mías. La traición comienza en ellos cuando se permiten dudar; es completa si de la duda llegan hasta la discrepancia.» Era preciso que todo se enderezase de nuevo.

Con estas vaguedades pareció terminar la escena; Talleyrand, que con su actitud hubiera parecido el hombre más apartado de todas estas historias, había ido a acodarse, y después a apoyarse, sobre una consola, pues no podía permanecer largo tiempo de pie sin sentir una extrema fatiga. Repentinamente, tal vez exasperado por su impasibilidad, el emperador se encaminó hacia el príncipe de Benevento y le atacó directamente. ¿Era cierto que en su ausencia se hubiera permitido los conceptos más embusteros, él, a quien el Emperador había concedido su confianza, olvidando los peores agravios? Y, de repente, todo el antiguo cúmulo de desprecio saltó: «¡Ladrón, sois un ladrón, sois un cobarde, un hombre sin fe! No creéis en Dios; en vuestra vida habéis faltado a todos vuestros deberes; habéis engañado, traicionado a todo el mundo; no hay nada sagrado para vos; venderíais a vuestro padre. Os he colmado de bienes y no hay nada de que no seáis capaz contra mí. Desde hace diez meses tenéis la desvergüenza —porque suponéis a tontas y a locas que van mal mis asuntos en España— de decir a todo el que quiere oírlo que siempre habéis condenado mi empresa sobre ese reino, mientras que sois vos quien me dió la primera idea: ¿quién me ha empujado a ella incesantemente? Y ¿ese hombre; ese desgraciado? —Todos comprendieron que se trataba del duque de Enghien—. ¿Por quién fuí enterado del lugar de su residencia? ¿Quién me incitó a actuar contra él? ¿Cuáles son vuestros proyectos? ¿Qué deseáis? ¿Qué esperáis? Atreveos a decirlo. Mereceríais que os rompiese como se rompe un vaso. Tengo poder para ello, pero os desprecio demasiado para tomarme ese trabajo. ¿Por qué no os he mandado colgar de las verjas del Carrousel? Pero aún es tiempo.» Se detuvo: «Ah, sólo sois m... en una media de seda.»

Talleyrand había permanecido apoyado en la consola, cerrado el rostro, blanco, muerto, los ojos apagados, la boca apretada. Ante esta exasperante actitud, indicio, no de un abatimiento que hubiera

Napoleón (croquis sobre piedra, por Raflet)



sido natural, sino de una especie de frío desdén, el Soberano, fuera de sí, buscó un ultraje aún más sangriento —peor que una bofetada—: «¿No me habíais dicho —exclamó sarcásticamente— que el duque de San Carlos era el amante de vuestra esposa?» El desdichado pareció al fin recobrar el uso de la palabra. «En efecto, señor; pero nunca pensé que este informe pudiese interesar a la gloria de Vuestra Majestad y a la mía.». —Réplica del mejor estilo Talleyrand.

El Emperador pareció desconcertado; se dirigió hacia la puerta, pero antes de franquearla envolvió con una mirada penetrante a Talleyrand y Fouché. «Sabed que si sobreviene una revolución —exclamó—, sea cual fuere la parte que hubiéseis tomado en ella, os aplastaría los primeros.» Y al fin salió dando un portazo.

Todas las miradas estaban fijas en el Príncipe, que permaneció algunos instantes inmóvil y mudo. A su vez se encaminó con su vacilante paso hacia la puerta; en aquel momento, antes de franquear el umbral, se volvió hacia sus aterrados colegas y dijo con tenue voz: «Señores: ¡qué lástima que un tan gran hombre sea tan mal educado!» Insignificante desquite del gentilhombre nato sobre el «advenedizo».

Aún tuvo el triste valor de presentarse la misma noche en casa de su gran amiga la vizcondesa de Laval, y contar —más o menos exactamente— la espantosa escena de las Tullerías ante el círculo de sus familiares: «¡Cómo! —exclamó la dueña de la casa— ¿le habéis oído decir eso, estábais con él y no habéis cogido una silla, unas tenazas, un tizón, cualquier cosa? ¿No os habéis arrojado sobre él?» —¡Ah, pensé hacerlo!, replicó él alzando los hombros, pero soy demasiado perezoso para ello.

En realidad todo hace creer que tuvo miedo. Ante este increíble ataque, esta ola de ultrajes, estos reproches violentos, verdaderamente desmedidos, si sólo se trataba de malas intenciones supuestas y de una mediocre felonía, podía ciertamente suponer que el Emperador, enterado de su traición de Erfurt, después de cuatro meses, iba repentinamente a abrumarle con ella y, lo que hubiera sido bastante más grave, mandarle detener. Ahora experimentaba una especie de alivio al comprobar que el Soberano traicionado ignoraba lo peor. Pero, sin embargo, ¿quién podría saber lo que se iba a derivar de ello? Al regresar a su casa por la noche fué presa de un estado de flaqueza y permaneció todo el día siguiente, con fiebre, postrado en el lecho. *(LOUIS MADELIN, «Talleyrand».)*



Los franceses evacúan Moscú (xilografía de Epinal)